

# Popular Film



Escena de "El camino de la carne", primera producción de Emil Jannings para la PARAMOUNT



## Señor *EMPRESARIO*:

*No es difícil a una marca decir que sus producciones son enormes, colosales; lo que sí lo es, lograr, que sea la propia competencia quien lo diga. Por ello, la U. F. A., agradecida a la franqueza con que América ha reconocido la superioridad de sus producciones, se obstina en juzgarlas por sí misma. Recuerde usted, señor empresario, que el presidente de una de las casas productoras de películas más importantes de América, al recibir al gran director alemán Murnau, en sus estudios, reconoció que era hombre que había logrado, lo que Hollywood consideraba irrealizable hasta entonces.*

*De los diez mejores directores de América, cinco son alemanes, y pertenecientes a la U. F. A. América pide nuestros directores, nuestros artistas y nuestros operadores.*

*¿No es esto una revelación para usted?*

*Asegúrese el material U. F. A.*



*BARCELONA - Mallorca, 236*



## Almacén de vidrios y cristales planos

Fábrica de Espejos  
Marcos y Molduras

# V. García Simón

Teléfono 3870 A.

Vía Layetana, 13

BARCELONA

## Herniados (trencats)

Tened siempre muy presente que los mejores aparatos del mundo, para la curación de toda clase de hernias en hombres, mujeres y niños, son los de la casa TORRENT. Sin trabas ni tirantes engorrosos de ninguna clase. No molestan ni hacen bulto, permitiendo hacer libremente todos los movimientos y los trabajos más duros y pesados sin la más pequeña molestia. Si queréis ahorrar salud, tiempo y dinero, no debéis nunca comprar aparato alguno sin antes ver esta casa.

**Casa Torrent** 13, Unión, 13  
Barcelona

# Opofosfina

Producto opoterápico de alto valor científico, recomendado por eminencias médicas de todos los países. Es un poderoso recalcificante con el que consiguen rápidos resultados las personas anémicas y raquíticas, devolviendo la salud y la belleza prematuramente perdidas.

**Laboratorio Alayo Ferrer**

Ptas. 7 EN TODAS  
LAS FARMACIAS

RONDA DE  
SAN PABLO, 44

BARCELONA

## APOPLEJIA (feridura)

PARÁLISIS

Se evita y cura con el  
antiguo remedio vegetal

### ANTIPOPLÉTICO BERDAGUER



Con su uso desaparecen rápidamente los síntomas: hormigueos, dolores de cabeza, ramba, vahidos, falta de tacto y memoria, dificultad al hablar, zumbidos en los oídos, sueño frecuente, sofocaciones, etcétera; la sangre se depura y su circulación es perfecta, lo cual evita el ataque. Logrará restablecerse quien lo haya sufrido.

¡Millares de curaciones!

¡Desconfiad  
de toda imitación!

EN FARMACIAS, CENTROS DE  
ESPECÍFICOS Y DROGUERÍAS

Prospectos gratis al  
LABORATORIO DE J. GONZÁLEZ NÚÑEZ  
Calle Sepúlveda, 172, pral. :: BARCELONA

## Cupón Regalo

Remítanos por giro postal

### CINCO PESETAS

y bajo sobre abierto, franqueado con dos céntimos, su dirección y este anuncio y le mandaremos certificado un gran paquete con

### 34 NOVELAS CINEMATOGRAFICAS

adaptadas de las películas más aplaudidas de esta temporada y cuyo valor es de

### DIEZ PESETAS

También hacemos el envío contra reembolso de pesetas 5,60

MIREYA

Alcántara, 28 - MADRID

CADUCA EL 30 DE SEPTIEMBRE

### ERUPCIONES DE LOS NIÑOS

DESAPARECEN RÁPIDAMENTE CON EL  
DEPURATIVO INFANTIL Y PASTA POROSA  
**CABALLERO**

SARNA (ROÑA)

CÚRASE EN 10 MINUTOS CON

**Sulfureto CABALLERO**

Venta en Centros Específicos, Farmacias y dirigiéndose a  
J. Caballero Roig - Aparlado 7.0 - Barcelona



# Exclusivas "DIANA"

S U C U R S A L E S E N

M A D R I D  
V A L E N C I A  
S E V I L L A  
M Á L A G A



CASA CENTRAL EN BARCELONA:

ROSELLÓN, 210

SUB-CENTRAL  
EN BILBAO

AGENCIA EN  
P A R Í S

COMPRA, VENTA Y ALQUILER DE PELÍCULAS

## LISTA DE PELÍCULAS TEMPORADA 1927-1928

LAS CATEGORÍAS SERÁN EN CANTIDAD Y CALIDAD POR EL SIGUIENTE ORDEN:

**CINCO** "Superdiana"  
**DIEZ** "Extradiana"  
**QUINCE** "Grandiana"

Algunos de los siguientes títulos podrán ser susceptibles de variación:

La ciudad castigada (Superdiana)	Condesa Rina Liguoro y María Korda
Garibaldi (Romance de amor y de guerra).	Condesa Rina Liguoro, Guido Graziosi
Noche nupcial (Superdiana)	Lily Damita y Paul Richster (creador de Los Nibelungos)
El espejo de la dicha (Superdiana)	Lily Damita y Werner Kraus
La tragedia del payaso (Superdiana), Nordisk.	Goesta Eckman (creador de Fausto)
La mujer del Rajah, marca Nordisk	Karina Bell y Gunnar Tolnaes
Por ley de amor, marca Nordisk	Karina Bell
Un drama en el circo	Margarita Schlegel
Un ángel que pasa, marca Nordisk	Karina Bell y Else Nielsen
Las deudas se pagan	Harrison Ford
Presénteme usted (Extradiana)	Douglas Mac Lean
Bésame usted en seguida (Extradiana)	Dolly Grey y Andrés Roane
El abate Constantin	Jean Coquelin
La vida de una actriz	Bárbara Bedford y John Patrik
¡Fuera de casa!	Virginia Lee Corbin
El Sol del Paraíso	Bárbara Bedford y Max Davidson
Convénceme con brillantes.	Betty Compson y Earl Williams
Luciérnaga	Betty Compson y Sheldon Lewis
El trébol y la rosa	Mack Swain y Edmund Burns
El exprés fantasma.	Ethel Shannon y David Butter
El misterio del taxis	Edith Roberts y Robert Agnew
El policía millonario	Herbert Rawlinson y Eva Novak
Un momento de locura	Wanda Hawley y Theodore Von Elts

### SEIS PELÍCULAS AMERICANAS MARCA "CHADWICK"

Las alegres comadres de New-York - Joham de Manhatam - Juguetes humanos  
Tentación de una vendedora - La simpática niña mala - Las comodonas  
y TREINTA PELÍCULAS CÓMICAS de los más afamados mimos de la pantalla



Gerente: Jaime Olivet Vives

Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 734 G. - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal  
Director musical: Maestro G. Faura

25 DE AGOSTO DE 1927

Redacción en Madrid: Hortaleza, 46-prl.  
Director: Domingo Romero

CORRESPONSALES EXCLUSIVOS DE VENTA:

En MADRID: D. Manuel Fernández, Paseo Recoletos, 14, quiosco  
En VALENCIA: D. Manuel Dasi Hueso, Calle Ballesteros, 4En ZARAGOZA: "La Protectora", Calle de San Diego, 3  
En SEVILLA: D. Guillermo Rengel, Calle de Rivero, quiosco

## ¡Música, maestro!... maestro Guerrero

(Servicio especial de nuestra Redacción en Madrid)

I

El grito de: ¡Música, maestro!... — fino, delicado y aislado ruego en los comienzos, y mandato violento y colectivo, acompañado de ensordecedor jollín, posteriormente—, que sueltan los espectadores de las alturas, de la general, cuando el tedio persiste en su atormentador, en su martirizador cosquilleo, y que secundan los de butacas y palcos con encubierto pateo o bastoneo, me lo sugirió: ¡caracoles en conserva!, ¡qué perezosa postura y qué indolente desuido de no enterarse de nada! ¿No pide el público a voces, a coro, música? Chilla, berrea, ordena: ¡música, música, música!... O chaceea: ¡Polka, Pérez! Y el pianista, y el violinista, y el violoncellista, y el violón, y el flautista, y el de los plañillos, y el del bombo... se taponan los oídos y se encogen de hombros en evitación de molestias, y la bronca — desafinada, desaforada solfa de silbidos, de pitíos, de imprecaciones, de maldiciones — que les administra, es de las que causan bajas por ronquera y sordera. ¡Y con lo limpio de complicaciones, con lo sencillo que es apaciguarle! ¿Que los morenos demandan, furiosamente, una retozona marcha? Concédasela, sin escrúpulos y sin demora. ¿Que el respetable apetece algo serio? Acátese su filarmonía, y en paz. ¿Que...? Abreviando: ¿qué no se cede, que el latoso estribillo — ¡Música, maestro! — amengua unos instantes y se recrudece en seguida, y así, sucesivamente? Pues, sea. A la fuerza ahorcan: ¡Música, maestro!... maestro Guerrero.

¿Maestro Guerrero? Jacinto Guerrero, el amo de la recaudación; el número uno de los dominadores del pentágono en la liquidación de trimestres de la Sociedad de Autores; el de la batuta de oro, con que le homenajeó — quizá simbólicamente por lo que gana llenando de blancas, negras, corcheas, semicorcheas, fusas y semifusas en alegre e inspirado maridaje pliegos y pliegos de papel pautado — el Municipio de la invicta e imperial ciudad de la Catedral Primada, del Alcázar, de San Juan de los Reyes, del Greco y del Tajo; el archipopularísimo compositor de

«Los Gavilanes», de «El collar de Afrodita», de «La sombra del Pilar» y de «El sobre verde», por no citar, de su dilatada producción, más partituras que las que elegimos al azar.



Y se relacionan, doblemente, Guerrero y el cine — y el cine y Guerrero — por ser las obras de este autor las que más se tocan en los coliseos dependientes de aquel espectáculo y por el pelicolismo de la personalidad del sinfonista (la sinfonía «Jhaia», estrenada por la Orquesta Benedito en el desaparecido Gran Teatro—Lírico, primitivamente—y apadrinada por el insigne Conrado del Campo, incluye a Guerrero en la enaltecedora clasificación).

Claro que en el pelicolismo de la personalidad de Guerrero cabe el aumento y la disminución. Y de tal modo es esto factible, que igual puede sacarse — con ingenio, chispa e

invención — para argumentar intrigante film, un buen partido de su vida — sosa, de exiguos alicientes en la forma, mas rica en ejemplos de perseverancia, de laboriosidad y de fe en sí mismo, en el fondo—, que hilvanar, por impotencia, por ceñirse estrictamente a la realidad vulgar o por resabios de torpeza, una historia predestinada a muerte prematura. E importando para la adaptación al séptimo arte, el fondo, el nervio del asunto — que del desarrollo ya se encargan los peritos en visualidad y de suplir, de subsanar la escasez de anécdotas, individuos de espléndida imaginación — la personalidad de Guerrero es peliculizable.

La personalidad y la persona, porque Guerrero — salvemos su tendencia a la obesidad, sin ánimo de inmiscuirnos en indagar sus aptitudes pantallescas — es natural, sencillo — la afectación implica: en la gente, en general, necedad y en los comediantes, en particular, necedad y nulidad artística—, y, sobre todo, porque su cara, redonda y afeitada, revela al hombre sano y feliz — lógicamente sus triunfos le tienen que arrastrar a la complacencia—; que ya es llevar mucho adelantado para cuando el «posar» ante el objetivo constituye una profesión.

Y si os choteáis, si tomáis a chacota las anteriores líneas, pecáis de ligeros, por la formalidad y cordura con que se trazaron.

No es broma, sino veras, el pelicolismo de Jacinto Guerrero, pues participó, como actor consumado, en la cinta periodística de Francisco Gómez Hidalgo, «La malcasada», en escenas rodadas en Toledo, su patria chica, alternando con el deán de la Catedral, doctor Polo Benito, y con la protagonista María Banquer. Ni lo es tampoco el atañiente a su personalidad, a su vida: ¿negaréis, acaso, que la infancia, del hijo de humilde músico pueblerino, envuelta en brumas, sin horizontes, haciendo de «seise», y que la pubertad estudiosa, pletórica de ilusiones y con amoríos románticos, no se prestan a la filmación? ¿Y el viaje a la corte, pobremente pensionado por la Diputación, y las luchas de novel hasta despuntar, y el éxito



inicial y los siguientes, y el espaldarazo...? Lo expuesto: la cinta que se basase en la biografía de Guerrero, sin riguroso ajuste, y la aderezase con la habilidad que se requiere para engatusar al público, correría favorable suerte, como la que alcanzaron las teutonas «Vida y amores de Mozart», modelo de expansión en la clase, y «El Astro», la existencia de un apasionado de Beethoven.

Y como la que obtuvo el propio Guerrero. ¡Y qué «estrella» dorada — sembradora de dinero — la suya! Sólo con esa estrella — inspiración, capacidad y constancia a un lado — se explica que, en muy corto lapso, se adueñara del género chico. Empresarios, libretistas y actores se lo disputan. Y su belicoso apellido se une a otros conocidos — Marquina, Arniches, Muñoz Seca, Pérez Fernández, Ramos Martín, Luca de Tena, Paradas y Jiménez, Estremera, Romero, Fernández Shaw... — y a títulos de fácil retención: «La Pelusa», «Colilla IV», «El gallo de Morón», «Manolita, la peque», «La Alsaciana», «Cándido Tenorio», «La hora del reparto», «Señoras, a sindicarse», «La Montería», «El número 15», «Don Quintín el amargao», «El huésped del Sevillano», «Las mujeres de Lacuesta», etcétera...

Y Apolo, el infranqueable teatro de los victoriosos sainetes y zarzuelas — «La reina mora» y «El mal de amores», de José Serrano, «El asombro de Damasco», de Pablo Luna y «Doña Francisquita», de Amadeo Vives — se le somete incondicionalmente.

## II

¡Música, maestro!... maestro Guerrero.

Acudimos Domingo Romero y yo a la cercivería que suele concurrir Jacinto para espetarle la cancioncita, cuando Romero cae en la cuenta de que no estará por tener ensayo en Apolo.

Y allá nos dirigimos.

Cruzamos los laberínticos corredores que conducen al escenario, subimos unos escalones, empujamos suavemente una puerta... Y ya nos hallamos en el riñón del castizo teatro.

En la sala en penumbra, no se ve más que al traspuente, que observa, muellemente sentado en una butaca de la primera fila. Soledad y silencio, el reverso de la hora de la función; aun en los días de menos entrada: los acomodadores siempre animan algo. Y el escenario, con el telón levantado, sin decoración y discretamente iluminado, es distinto al de la representación: asemeja un almacén desalquilado; ni la presencia de los que ensayan denota lo que es, sin duda, porque es fatal que cuando a un escenario le quitan el decorado y le ponen al descubierto, con sus sucias paredes al aire, pierda atractivo y aparezca como un local feo y destaralado.

Guerrero viene a nosotros cordial. Nos saluda afectuoso, no con su frase captadora de adeptos — ¿qué, cuándo comemos juntos? —, que tanto prodiga y que tan bien refrata su prosperidad económica y su sociabilidad. Y como si leyera en el arcano de nuestro pensamiento, a la pregunta del profesor — ¿lo repito? — contesta: sí, repítalo. Y el mismo satisface nuestro hambre y sed de: ¡Música, maestro!... maestro Guerrero.

Se agrupan Blanquita Suárez y las segundas tipleas. Y el piano trenza las notas del bullicioso coro de «El huésped del Sevillano». Y la voz, enérgica y vibrante de Blanquita, sobresa, en la entonación, de las demás:

Lagarteranas somos,  
venimos todas de Lagartera,  
traemos mercancías de Lagartera  
y de Talavera.

Pero no, no es eso lo que buscamos: lo que pretendemos nosotros es inquirir la situación de Jacinto respecto al séptimo arte. Y para hablar de lo que interesa es la letra, no la música; de manera que dejemos lo de ¡Música, maestro!... maestro Guerrero, en ratimago, en artimaña, en trivial fórmula, en un decir como otro cualquiera, que al andar, frecuentemente, en lenguas de los habituales de los cines, coopera al baladí juego, y discutamos.

Y discutamos y ventilemos las cuestiones que la comunicación del cinematógrafo con la música origina.

Se lo expresamos a Guerrero y al principio esquiva, con modestias, el concurso:

—¿Y qué entiendo yo de cine?

—No se trata de entender, sino de opinar.

—¿Y qué es lo que me autoriza a mí opinar?

—Su calidad de autor de «Don Quintín, el amargao», cuya partitura, al ser trasladada la obra a la pantalla, acopló usted a la película; su fama, y los cinematografistas.

—¿Los cinematografistas?

—Sí, ellos con su conducta de adaptar al cine celebradas obras líricas les admitieron a ustedes en su corporación. Revisemos los más resonantes éxitos de la cinematografía española y se convencerá: «La verbena de la Paloma» y «La Dolores», de Bretón, que juraría asistió muy viejo y averiado ya, al estreno de la primera, verificado pocos meses antes de su fallecimiento; «La Bruja», «La revoltosa», «La chavala» y «Curro Vargas», de Chapí, que si las vió en su nueva modalidad, fué desde la tumba; «Alma de Dios», «La reina mora» y «El puñao de rosas», de Serrano, «Gigantes y cabezudos», de Caballero, «Maruxa», de Vives... Y se acabó la cuerda.

—Me alegro. Así, mañana, en mi casa, continuaremos la charla.

Comprendimos: le reclama el deber. Y nos apresuramos a escurrir el bulto: el undécimo «no estorbes ni a tu más encarnizado enemigo».

—Hasta mañana, entonces, en que la prepararé una monserga de abrigo — le amenazo, mientras Romero se despide elásticamente «hasta la vista».

## III

—De seguro que por ese gramófono y esa pianola pasan sus obras de usted.

—Son cosas de mi hermana, que se entretiene con ello. Yo ni los pongo la mano.

—¿Y no colecciona usted los discos y los rollos que sacan de sus obras?

—Guardo los que buenamente me envían los fabricantes.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Le creo. Con la copiosa producción de usted sería un problemita conservarlos todos. Y oír sus obras, ¿le agrada a usted?

—Según donde sea.

—En el cine.

—Sí, me halaga.

—¿Y va usted mucho al cine?

—Poco, y no es por falta de ganas, sino porque no dispongo de tiempo.

—Si no es por falta de ganas es que le gusta a usted...

—Le conceptúo como la mayor, la más amena y útil de las diversiones, cuando quienes lo manejan son de recta conciencia y artistas y lo emplean para los fines que se inventó: acercarnos lo lejano y descubrirnos lo ignoto. Le encuentro, sin embargo, un gordo defecto...

—¿Y es...?

—Su obscuridad. Para mí, la luz es vida. Como que no puedo trabajar ni con luz artificial, necesito sol, mucho sol.

—Jamás se le hubiera ocurrido a usted escribir el tango «A media luz» ¿verdad?

—Ni en un rato de buen humor. Pero no me suponga usted enemigo del cine, al contrario, me encanta y lamento que mis quehaceres me impidan ser asiduo suyo. He contemplado películas maravillosas...

—¿Alemanas?

—No sé si eran alemanas, yanquis o francesas, lo cierto es que me entusiasmaron: ¡qué interesantes y qué instructivas!

—Le hacía a usted esa pregunta porque la enorme afición de los alemanes por la música se nota extraordinariamente en su cinematografía. Sus mejores películas se basan en óperas o en operetas — «Los Nibelungos», «Otello», «Manón Lescaut», «Fausto», «La bohemia», «Rigoletto», «El sueño de un vals», «La princesa Czarda», «El conde de Luxemburgo», «La muñeca»... — o se refieren a motivos filarmónicos, como «La princesa y el violinista», o son cine-teatro, música y cine, como «La prohibición del beso» y «Miss Venus», originales cintas, en las que la música y el canto siguen fielmente a los actores. El caso es que el cine y la música caminen al compás. Para los alemanes es igual de trascendental, en una película, el nombre de Wagner, de Verdi, de Massenet, de Puccini, de Bizet, de Rossini, de Strauß, de Lehar o de Stein, que el de los actores; y es que consideran a la música como algo sustancial del cine. ¿Qué le parece a usted?

—Muy plausible, realizándolo metódicamente.

—¿Y tal como se practica entre nosotros, sin orden ni concierto?

—Detestable. La música ha de adaptarse a los pasajes de la película para que surta su efecto, pues eso es de que en un cuadro de emoción intensa se toque un charlestón, un chotis o un pasodoble torero, y en un truco cómico, el «Adiós a la vida», de Tosca o el «Sueño de Des Grieux», de Manón, es desesperante e inadmisibile. Como que enmudezca la orquesta cuando en la pantalla empieza un baile.

—Verdaderamente. Y para arreglar el deplorable desacuerdo, varias empresas implantaron en sus salones los orquestales, que no sólo se atienden, musicalmente, a lo que sucede en el blanco lienzo, si no que, además, si son perfectos, remedan el pío de los pájaros, el batir de las olas, el traqueteo del tren, el murmullo del viento...

—No es esa la solución. El orquestal suena a iglesia. Y lo que emana incienso no pega en lugares profanos, de recreo, como son los cines, por más que se cubran con capas de templos...

—De templos del arte — del séptimo —, sí, señor. Abundo en su sensato criterio. El «quid» del enlace de la música y el cine está en la pureza del procedimiento, que no es otro que el de armarse de paciencia, y, previo examen de las películas, escoger, de las piezas en boga, las que mejor encajen en su índole, y entregárselas a la orquesta para que las interprete durante la proyección.



Asiente Guerrero a mis palabras. Y yo desvío, astutamente, la conversación hacia más reporteros derroteros.

Hacia el picotazi, hacia el varapalo al compañero; hacia la declaración de insolente rebeldía; hacia la manifestación insólita...

Mas Jacinto Guerrero — temperamento transparente, magnánimo y leal, sin procacidades y turbiedades de envidia, ni resquemores

de bilis — es inasequible en ese sentido: impulsado por su aborrecimiento a las turbulencias se refugia en el sosiego.

En el sosiego y en la simpática y política actitud, de lejos de despotricar de antiguos y modernos camaradas — geniales y medianos, sublimes e ínfimos, innovadores e imitadores —, alabarles por una u otra razón; con lo cual, no es de extrañar que reparta su admi-

ración entre Arrieta, Barbieri, Chueca, Valverde, Chapí, Bretón, Calleja, Lleó, Albéniz, Granados, Falla, Turina, Vives, Serrano, Alonso, o resumiendo — para desembarazarlos de la responsabilidad de las omisiones —: entre cuantos compatriotas emborronaron y emborronan, con honra y provecho, hojas y más hojas de papel paulado.

L. GÓMEZ MESA

## “VIDA BOHEMIA” (CON MOTIVO DE LA “REPRISE” DE ESTA PELÍCULA)

### EVOCACIÓN

Mürger, universalmente conocido a través de aquella de sus obras cuyo título es el que precede a las presentes líneas y, quizás más aún, de la ópera en ella inspirada de Puccini, no es ciertamente el más fecundo ni, por más que a alguien se le antoje paradoja, el más leído de los escritores románticos del siglo XIX, entre los que se destacan dos colosos de la talla de Víctor Hugo y de Alfredo de Musset. Para convencerse de lo primero, basta tener en cuenta su producción y la de los citados y respectivos autores de «Nuestra Señora de París» y de «Mimí Pinsón»; de lo segundo, solicitando de cualquier conocido nuestro de quien apreciéis sus aficiones literarias y bibliófilas os preste «El zueco rojo» o «El sillón encantado»; por milagro os constatará preguntándoos si os es lo mismo leer las «Noches de invierno» — sería ridículo que os ofreciese prestaros las «Escenas de la vida bohemia». Porque esta última, lector, a pesar de lo que antecede y como en compensación a ello, ha alcanzado una difusión y popularidad acaso sólo comparable a la de determinadas obras de los Dumas o de Sienkiewicz, que no cito por suponer que todos adivinaréis a cuáles me refiero.

A despecho de no ser su obra de las de más considerable extensión — con todo, las primeras ediciones de sus libros alcanzan unos veinte volúmenes — figura dignamente Mürger entre los más honrados y laboriosos escritores. Muerto muy joven aún, a sus largos años de trabajo esmerado y sin tregua, de miseria y privaciones, y al abuso del café, del que consumía horrores — «Hay noches en las que me he tomado hasta seis onzas de café», escribió en cierta ocasión —, se atribuye fundadamente su prematuro fin. (Por cierto que la vida y muerte de este gran poeta no puede menos de recordarnos la de otro genio: Edgar Poe.) Sus libros no son más que episodios de su existencia y de las de sus amigos de bohemia, narrados todos con la mayor desnudez y fidelidad: Mürger se describió a sí mismo en el «Rodolfo» de la «Bohemia». La tuberculosa Mimí existió en realidad, así como Schamard y Colline llamáronse en vida Scham y Wallon, respectivamente. De tal forma compuso Mürger sus escenas, siendo los personajes principales de las mismas de carne y hueso, y no muñecos más o menos hábilmente forjados en su, no obstante, brillante imaginación.

Y así ha llegado a nosotros la más exacta y deliciosa información que podríamos apetecer de la bohemia parisiense, alegre y hambrienta, del pasado siglo... ¡Extraño ambiente y situación que aún hoy despierta la curiosidad y la admiración de tantos!... Tan extraños, que la arbitrariedad parece flotar, como el aceite sobre el agua, en los relatos de Mürger. Y ¿no continúa prestándose entre el vulgo a lamentables y falsas interpretaciones la existencia de tan heterogéneos seres? En todo caso, algo de ello debió prever Enrique Mürger, como parece demostrarlo su «Prefacio» a las «Escenas de la vida bohemia». Dice en él: «Los bohemios de que se trata en este libro no tienen relación alguna con los bohemios de quienes los dramaturgos del «boulevard» han hecho sinónimos de rateros y asesinos. Ni menos se reclutan entre los titiriteros, traidores de sables, jugadores de ventaja, vendedores de baratijas, negociantes de las hampas del agio, y otros mil industriales misteriosos y oscuros, cuya principal ocupación es no tener ninguna, y siempre prontos a realizarlo todo, a excepción del bien.»

A continuación nos describe el poeta a grandes rasgos, más con admirable claridad y sencillez, estos seres y ambiente que él conocía a perfección; estos bohemios que — advertid bien esto — no se reclutan entre los rateros y asesinos ni demás gentes de mal vivir... Diríase que Mürger cifra su mayor orgullo en haber militado en la Bohemia durante veinte años...; pero, ¡observad con qué precipitación nos fuerza a distinguir entre la *suya* y las que llama despectivamente formadas por gentes de negocios poco limpios! Se tienen generalmente al bohemio por un artista hambriento — testigo: Pedro Gringoire — y fracasado, sin advertir que del seno de la bohemia han salido hombres eminentes — consúltase a la Historia—. Ahora bien: sea lo que fuese, no hay que confundir la gimnasia con la magnesia, es decir; un hombre noble y honrado como fué siempre el artista bohemio, con el canalla o vagabundo o pordiosero que así se llama también desde tiempos inmemoriales. El último, no tenemos espacio para detallarle y decir de qué es capaz; el otro, sólo de un *sablazo*, y aun éste prodigado con todas las reglas de tan útil e interesante arte.

En fin, para concluir con este tema y pasar a ocuparnos de la película, diré que infinitas de ellas se han proyectado ya en que pueden apreciarse gran parte de las diversas fases de la Bohemia antigua y moderna. Entre varias, recordemos «La Torre de Nesle», «Los misterios de París», «El jorobado de Nuestra Señora» y «Los miserables». Otra las añadiremos en breve, interpretada por John Barrymore, que caracteriza en ella la figura difícilísima del bohemio Francisco Villon.

#### La película

El sólo anuncio de haber sido trasladada a la pantalla una novela muy conocida, máxime si ésta es buena y de raigambre latina y los adaptadores americanos, es suficiente para que cualquiera se eche a temblar. ¡Y hay motivo, ciertamente!

Júzguese, pues, con qué amables predisposiciones acudimos a presenciar la proyección de «Vida bohemia». Si en obras de menos empuje y dificultad se habían anteriormente cosechado abundantes fracasos y protestas de todo género, ¿qué iba a resultar de un atrevimiento como el que supone llevar a la pantalla obra tal como la famosa de Mürger? Sólo los nombres prometedores de los intérpretes y director de la película nos hacían concebir una pequeña dosis de esperanza.

Reconozcamos, lector, que la mayor parte de nuestros temores no tuvieron confirmación. Es verdad que «Vida Bohemia» tiene sus defectos, pero los esperábamos tan abrumadores, que los que posee en realidad se nos antojan de importancia secundaria. Este es, sencillamente, uno de los mejores elogios que puedan hacerse de una película, ya que, desgraciadamente, la que no tenga «pero» alguno está aún muy lejos.

Lo que más gratamente nos sorprendió en la que ahora nos ocupa, es que el ambiente, el verdadero espíritu de la obra permanezca en ella, con mayor o menor intensidad, durante toda la proyección: aquí precisamente es donde nos temíamos el más ruidoso de los fracasos. Pero King Vidor, en primer término (de los intérpretes hablaré aparte), ha realizado una película que para sí la quisiera cualquier director de los de más renombre. Francamente, a mi modesto juicio, con estos films y no con malabarismos caros y absur-

dos puede aspirarse a que el Cine sea un arte de verdad. Después de «El gran desfile», «Vida Bohemia»: con un par de películas más de semejante talla, consideraremos a quien las dirigió como el primero entre todos los directores del mundo. ¡Al tiempo! Es difícil, mas relativamente fácil, combinar efectos, decorados y escenas de interés: el genio del detalle, de la paciencia y escrupulosa reconstrucción lo poseen muy pocos. Y todo esto puede admirarse en «Vida Bohemia».

Las escenas que de ella creo más felizmente logradas, tanto, que rayan en la perfección, son las correspondientes a la salida al campo que realizan los bohemios en día de Pascuas, y las de la muerte de Mimí. La primera lleva a nosotros el fresco y agradable aroma de lo típico; la segunda, de un dramatismo culminante y conmovedor, es de lo mejor que en este sentido hemos visto en cinematografía. Todo lo demás, con haber cosa muy buena, no alcanza tales efectos.

Como puede suponerse, en la película no se ha seguido, ni mucho menos, la obra de Mürger. A ratos recuerda la ópera, y también en algunos la «Escena» «Le manchon de Francine». Pero todo ha sido tan bien combinado, hasta el punto de no echar a perder el carácter esencial de la novela, que transijo por excepción con todo ello. Únicamente me permito protestar de la mixtificación de que ha sido objeto en la pantalla la figura de Mimí, aunque no se me oculten los móviles que acaso indujeran a ello a Fred de Gressac cuando trazó el escenario del film. Esto, no obstante, no está bien; quien conozca las «Escenas» sabe de sobras quién es Mimí: ¿por qué diferenciarla de Mussette en tal forma? La Mimí de «Vida Bohemia» no es una griseta, es casi una protagonista de novela blanca. Afortunadamente, la admirable interpretación que la da Lillian Gish la redimen de su falsedad: ¡ésta es una artista!

Todos los actores que toman parte en la película se sostienen en ella perfectamente; podrán interpretar sus *rôles*, y en según qué escenas, más o menos bien — muy bien, generalmente —; pero no se advierte en ellos nunca vacilación alguna ni pasos en falsos de éstos que tan frecuentemente sentimos presenciar en la pantalla.

Examinando aisladamente la de los principales intérpretes, hay que mencionar en primer lugar a John Gilbert, que deja en esta película muy atrás sus pasadas interpretaciones de «La viuda alegre» y «El gran desfile». Es todo un actor; es más, uno de los pocos actores de la pantalla que merecen el nombre de tales. Muchos cacareados astros se habrían *estrellado* de verdad en la encarnación de un papel como el de «Rodolfo», de «Vida Bohemia». Y John Gilbert lo sostiene sin desfallecer durante toda la cinta, incluso superándose en las últimas y ya mencionadas escenas de la obra.

De Lillian Gish ya he hablado. No obstante, he de repetir lo que todos nos sabemos ya de sobras: es una buenísima actriz la que en «Vida Bohemia» encarna la heroína de Mürger. Además, su arte inconfundible, como su figura, se adaptan maravillosamente a aquélla.

Bien los demás intérpretes, así como todos los extras que intervienen en la película.

La fotografía, bonísima también.

En resumen: un film que honra a todos los intérpretes, del primero al último, al director, al autor del escenario, al cameraman, a la casa productora, a la cinematografía yanqui y a la cinematografía mundial. Y del número — reducido, ¡ay! — de los que dignifican al Cine.

No puedo ni sé decir más.

J. AYMÁ MAYOL





## POEMA ARBITRARIO

### CELIA ESCUDERO

*Primavera perenne y triunfal en su carne de luminosa transparencia, de tibia y enervadora fragancia.*

*Su frente es el horizonte en que florece el alba de sus pensamientos.*

*Noche en sus ojos de pupilas fulgurantes y misteriosas como estrellas lejanas.*

*Su boca, en forma de corazón, símbolo del Amor y del Dolor. En ella, siete palabras — los siete puñales de la Dolorosa: «Abierta para amar; para el dolor, cerrada».*

*Un hallazgo sus brazos. Son los que le faltan a la Venus de Milo, que han injertado en sus hombros, de suave curva, después de siglos.*

*En el dulce valle del pecho, dos montañas nevadas, enanas y gemelas. Y en cada una de las cimas, el botón de una rosa.*

*...Y aquí se trunca el poema arbitrario.*

## Colofón

*Celia Escudero: milagro de mujer hecho rosa carnal.*

*Y noche en la que brillan dos únicas estrellas.*

*Y valle florido.*

MATEO SANTOS

## Las consecuencias de una noticia "cazada" al vuelo

(Servicio especial de nuestra Redacción en Madrid)

### Celia Escudero a punto de traspasar la frontera

La noticia llegó a nosotros en calidad de «hecho consumado» en uno de los cafés donde se reúnen los artistas del arte mudo. Charlaban varios amigos, y uno de ellos, haciendo un paréntesis en la conversación, dijo a los demás:

—¿Sabéis que Celia Escudero ha firmado un contrato con una casa de Berlín?

Estas palabras, «cazadas» al vuelo mientras nos dirigíamos a la mesa de costumbre, frenó nuestros pasos, pues suponía la confirmación plena de otros rumores llegados hasta nosotros días antes, a los que no quisimos conceder crédito.

—Es preciso ver a la Escudero—nos dijimos mentalmente—. Y dicho y hecho. La aparición providencial de un taxi «rana»—nuestros favoritos por su arranque de 0'40 céntimos—nos facilitó la tarea. A los pocos minutos irrumpíamos en casa de la notable artista.

—¿Está la señorita Escudero?

—Ha salido—nos contesta una muchachita entre sonriente y confidencial—. Creo que ha ido a la fotografía...

Y un tanto mohinos y contrariados abandonamos la casa de la feliz intérprete de «La Bejarana».

—¡Si al menos supiéramos en qué fotografía está!... —pensábamos para nuestro interior.

La telepatía es un hecho. Dígalos si no el impulso psíquico que nos aproximó a un teléfono en el que nuestra mano, dirigida por una fuerza misteriosa, marcó el número 15822.

—¿Es la fotografía de Juanito Vandel?

—Sí.

—Aquí los «nois» de POPULAR FILM. Buscábamos a la señorita Escudero.

—Está retratándose. Voy a llamarla.

Al poco rato, una voz recia y agresiva hiere nuestros tímpanos; reconocemos a Vandel.

—Pero, hombre; no entretengan a Celia que la estoy haciendo unas fotos admirables.

—Se trata de una pregunta solamente. Y conste que

nadie nos ha dicho que se encontraba aquí; nos ha guiado la intuición.

—Una intuición muy lógica—ríe Vandel—, porque a mi galería, como está tan próxima al cielo, sólo pueden venir las «estrellas».

El chiste nos hace gracia, y procuramos sacarle partido.

—Querido Vandel; eso de la proximidad a la región celeste lo va usted pregonando a diario con la hermosa calva que Dios le ha puesto.

—¿Y qué tiene mi calva?

—Nada; que vista de lejos parece exactamente la luna.

En seguida oímos como un rumor de disputa, y luego la voccecita de la Escudero, que nos habla.

—¿Qué ocurre?

—Deseamos hablarla.

—¿Otra vez?

—No proteste y díganos dónde podemos verla.

Hay una pausa; luego en un tono de afecto:

—Esta tarde, a las cinco, en el parque del Oeste, en la Moncloa.

—¿Al aire libre?





—¿Les parece mal? En las casas hace demasiado calor. Además, siempre es más agradable el escenario natural que la presencia de unos muebles antipáticos...

—Se ve que hoy se ha levantado usted inspirada. Seguramente que esta noche le ha servido de almohada un libro de poesías.

—Para qué más poesía que yo...

—¡Por Dios, Celia, que el teléfono se ha sobrecogido, emocionado!

Se escucha el aleteo de una bandada de risas femeninas que se desvanecen a través de la distancia con lentitud suave, un poco teatral. Aplicamos el oído con más empeño al auricular, y éste nos canta esa canción monorrítmica, sin variantes, que nos recuerda aquellas caracolas marinas, en las que nuestros padres nos hacían creer que se hallaba encerrado el mar, cuyo ruido percibíamos «claramente» con cierta inquietud de miedo.

### Una conversación al aire libre. — Los amores de Celia

Hace veinte minutos que nuestro reloj ha marcado las cinco, y Celia Escudero no se digna comparecer a su cita. Esto tiene visos de literatura folletinesca, pero es una verdad indiscutible.

El parque descansa en una quietud de sopor. Las aves parleras, que diría un poeta cursi, también descansan de sus conciertos aéreosfilarmónicos. Todo es silencio en el parque; un silencio de aldea dormida. Ni siquiera lo turba la música ramplona y anestésica de los mendigos callejeros; tampoco se oye el pregón descarado e insistente de los ven-

dedores de décimos... La paz es lo que se dice octaviana, completamente octaviana; hasta los bulliciosos limpiabotas parecen haberse conjurado para no interrumpir el silencio confortador que nos rodea; diríase que nos hallamos en ese país mudo y pacífico que un día imaginara el gran Cavia, aturdido del estruendo exagerado e inútil de la vida madrileña. De no estar tan próximos a la cárcel modelo, nos creeríamos transportados a un rincón del Paraíso.

Nuestra amiga no viene, y Febo muéstrase dispuesto a calcinar nuestros cráneos. Un bocinazo estentóreo y súbito trunca la calma modorra de nuestra abstracción. Vemos detenerse un soberbio auto del que no tarda en descender nuestra esperada amiga, que se escapa del coche con la ligereza de una niña precoz. No es posible reprenderla; es tanta la alegría y tanto el encanto que nos ofrecen sus ojos negros y su risa amable, que bien vale el rato perdido en estúpidas meditaciones la dicha de contemplarla tan cerca.

—¡Qué día tan hermoso! — exclama.

—Hablemos de lo que nos interesa — interrumpimos—. Hemos oído que abandona usted España. ¿Es cierto?

Celia Escudero «hace» una pausa, una de esas pausas tan frecuentes en su conversación; la cabeza ligeramente inclinada hacia el pecho; los labios fruncidos en un mohín gracioso y pícaro, y los ojos, esos ojos triunfadores y tan llenos de misterios... misterios de tentaciones gitanas; de liturgias orientales; de conjuros maléficos para «crear» el amor; esos ojos que evocan el sentimiento y la pasión de mil cantares andaluces... mirán-

donos de abajo a arriba, en un guiño de burla, como saboreando el poder magnético de sus miradas sobre nuestra voluntad.

—La noticia — nos dice — no carece de fundamento; pero hasta la fecha no es una realidad.

—¿Luego existen proposiciones?

—Dos; una para filmar con la casa Pueti Film, de Berlín, y otra con la Paramount. Pero les aseguro que eso de abandonar España me contraría.

Aquí nosotros no podemos disimular un gesto de asombro. Hace tiempo, la misma Escudero se lamentaba de no conocer las galerías extranjeras, donde opinaba que hallaría materia para enriquecer y perfeccionar sus conocimientos artísticos. Hoy, que las circunstancias le ofrecen la realización de aquel deseo, no parece muy dispuesta a aprovecharlas. Nuestras observaciones la turban.

—No es que me contradiga — advierte—. Quiero, y no quiero. Me seduce la idea de

visitar esos grandes estudios, incluso lo estimo conveniente; pero hay algo que me detiene en Madrid.

—¿Está bien que llamemos a ese «algo» amor?



Alfredo Corcuera, que interpreta el graciosísimo papel de Calonge, en «Estudiantes y modistillas»

¡Aquí de los grandes psicólogos! El rostro de nuestra amiga se contrae en un gesto de sorpresa; luego sonríe, a la sonrisa sucede un movimiento negativo de cabeza; luego, sus dientecitos albos y menudos simulan hundirse en la pompa rosa de sus labios; torna a reír, y por el espejo de sus ojos se desliza el motivo de un madrigal. No ha dejado escapar el suspiro delator, propio en las comedias «oxigenadas», pero sus manitas remedan la actitud mártir de la Dolorosa.

—¿Pretende usted hacernos creer que su corazón no ha sentido la influencia del travieso niño alado y ciego?

—Negarlo sería pueril. He querido.

—¿Así, en pasado?

—Bueno, póngalo en presente también; he querido, quiero, y probablemente querré siempre.

—Eso pertenece al futuro, querida amiga, y las mujeres, en cuestiones de amor, no pueden responder del mañana. Son ustedes harto volubles.

—Yo puedo responder de mis sentimientos. Los amores templados en la adversidad no mueren tan fácilmente.

—¿Lo cual quiere decir...?

—Lo cual quiere decir que están ustedes preguntando más de lo debido. Al público no le interesan estas cosas.

—Perdón; al público le interesan hasta la exageración los amores de todos los artistas... Quedábamos en que sus amores han paliado el acibar de la adversidad y...

—¡Ja, ja, ja! Si se ponen en cursi, me voy a reír de ustedes.

—No importa; a nosotros, las burlas de mujer nos saben a besos, como sospechamos que debió decir Napoleón... ¿El nombre de su novio?

—Ya que los periodistas se las dan de tan listos, procuren averiguarlo.

—Se averiguará. ¿Los motivos adversos que...?



María Luz Callejo, que tomó parte principal en «La Bejarana» y en «El bandido de la Sierra», con Celia Escudero



—Nubecillas que, como todas las nubes, se desvanecerán al fin.

Nosotros, que hemos admirado el optimismo juvenil y chulón de Celia Escudero en la película «Los hijos del trabajo», y que sabemos el tesoro de voluntad y alegría que posee, quedamos absortos ante la metamorfosis que se ha operado repentinamente en su fisonomía; nos hace el efecto de una evocación bíblica, herida de profundo dolor humano. Y por si algo faltara, nuestros oídos sorprenden, por esta vez, el susurro del suspiro delator que antes no acertamos a oír. Pero es preciso disimular, queridos lectores.

—¿Tiene usted algún contrato firmado en España?

—Sí, creo no tardaré en empezar «Doña Juana».

—¿Mucho sueldo?

—¡Bah! Con esto de los sueldos ocurren cosas graciosas... ¡Cuesta tan poco trabajo añadir unos céros!

—¿Por qué no hizo usted «El Quijote»?

—Precisamente por el sueldo. Yo pedí veinte mil pesetas, y me ofrecieron doce mil; la diferencia era grande. Luego tengo entendido que lo hicieron en bastante menos. Algo por el estilo me ha ocurrido con «La hermana San Sulpicio». Yo no quise contratarme menos de cinco mil pesetas, y al parecer, sólo tenían presupuestadas mil. Repito que en los sueldos existe mucha fantasía. El público cree que ganamos cantidades fabulosas, y somos muy pocas las que podemos vivir de la cinematografía.

—Usted no puede quejarse.

—No me quejo. En los tres años que llevo trabajando, he conseguido escalar los primeros puestos. No obstante, yo deseo más. Cuando veo una superproducción extranjera, reconozco que aún nos queda mucho que hacer en España... Pero ya llegaremos, ¿verdad?

—Es de suponer que sí. Actualmente vamos saliendo de las primeras letras, porque justo es confesarlo, el arte mudo, en nuestro país, está en embrión y, por lo tanto, sus componentes no dejamos de ser unos meros aprendices. Ustedes, los operadores, los directores, nosotros..., todos, absolutamente todos estamos en el a b c de la cinematografía. Por ahora podemos tutearnos, sin menoscabo de categorías, puesto que no existen.

Celia nos propone descansar en un banco medio oculto por la fronda. Aceptamos. El sol viene en sentido oblicuo hacia nosotros, pero el soberbio telón de la exuberante arboleda que nos enmarca, le impide llegar a nuestro rincón. El momento es propicio para decir unas cuantas majaderías en verso; si fuéramos poetas, entablaríamos un diálogo con el padre Febo, a quien procuraríamos zaherir en su descarada vanidad, comparándole con los ojos de nuestra acompañante. Y acaso aprovecharíamos la ocasión para preguntarle su criterio respecto a la cinematografía nacional, ya que él fué el primitivo foco que iluminó los escenarios, foco del que se ha prescindido casi por completo, gracias a la hulla blanca y al mercurio. Pero no so-

mos poetas; el placer de la gastronomía nos seduce y no hay compatibilidad entre un estómago bien abastecido y unas melenas lacias sobre un rostro demacrado y triste. Estos desequilibrios mentales se llevan admirablemente cuando no es preciso meditar en el suministro de la despensa. ¡Y que nos perdonen los manes del Parnaso!

—Y dígame — pregunta nuestra amiga con un retintín casi malévolo—. ¿A qué obedece que los autores en vez de adaptar obras del teatro para la pantalla, como vienen haciendo en su mayoría, no escriban asuntos originales, amoldados a las condiciones artísticas de los intérpretes?

—Esa pregunta nos la hemos formulado nosotros mismos con frecuencia, y no hemos hallado la solución. Acaso obedezca a que en España acostumbramos a invertir la lógica.

—¡Con lo que a mí me agradaría hacer «La dama de las camelias»! — suspira nuestra amiga.

—Daremos publicidad a sus deseos a ver si surge un capitalista decidido. Pero volvamos a su proyectado viaje a Alemania...

—¿Creen ustedes que debo aceptar?

—Sin reservas de ninguna especie. En este caso lo de menos son los afectos y el sueldo. Para una artista como usted, tan enamorada de su arte y poseedora de tan excelentes dotes artísticos, una «tournée» por el extranjero puede constituir el éxito definitivo de su carrera. Nosotros aceptaríamos incondicionalmente.

## ¿Quién es él?

Han pasados tres días. Celia Escudero quedó en remitirnos unas fotos para ilustrar las presentes líneas, y este es el punto y hora que no las hemos recibido. Y dispuestos a obtenerlas nos encaminamos al estudio fotográfico de Vandel. Este nos recibe con la afabilidad y el contento de siempre; no nos guarda rencor por el chiste que le hicimos de su calva. Vandel es uno de nuestros primeros operadores, acaso el primero y, además, es un carácter noble, cariñoso, servicial, sin dobleces.

—Todas las que hay en aquella mesa son de la Escudero — nos dice indicándonos un montón de fotografías.

Pero en «aquella» mesa descubrimos algo más que retratos. Vemos un hombre, distraído en la contemplación de las fotografías; más que distraído, ensimismado. Es alto, joven, de recia complexión, tez bronceada y con apostura de gladiador romano. Tiene trazas de campero andaluz y de gitano bohemio. Dicen que ha exhibido su destreza y su gallardía en los cosos taurinos y en el «ring»; nosotros sólo le recordamos como uno de los galanes más aventajados de la cinematografía española, protagonista de una película cuyo estreno en Madrid dió motivo a un conato de alteración pública. También sabemos que hace poco ha regresado de Berlín, donde ha estado filmando los interiores de una producción nacional.

—¿Qué tal por Alemania? — le hemos preguntado para arrancarle de su abstracción.

—Bien — nos responde secamente. Y de nuevo sus manos se entretienen en jugar con las fotografías de la Escudero. Insensiblemente acuden a nuestra memoria las palabras de esta artista cuando, en el parque del Oeste, pretendíamos conocer el nombre de su amor.

—Ya que los periodistas se las dan de tan listos, procuren averiguarlo — nos dijo.

Pues bien, querida amiga, ya creemos tenerlo averiguado; la actitud de este hombre no deja lugar a duda. Y por la alegría que resplandece en sus ojos nos atrevemos a pensar que aquella «nubecilla» de que nos hablaba, se ha desvanecido al fin. ¡Ahora nos explicamos la falta de memoria de nuestra amiga!

Y como no estamos autorizados para ser más explícitos, hacemos punto final sin dar el nombre del galán afortunado, de este hombre que se pasa parte del día dando sendos puñetazos a ¡¡ochenta kilos!! de arena metidos en un saco. Son unos puños demasiado «hechos» a golpear para que nosotros excitásemos su furia con nuestra indiscreción.

Además, los lectores ya saben aquello de «por el hilo se saca el ovillo». El que quiera saber más, que tire de la hebra.

Madrid.

MAURICIO TORRES

## NOTICIARIO CORTESANO

En breve se empezará a rodar la película «El barón de Granada», dirigida por don Miguel Contreras Torres, cuyos exteriores se harán en Sierra Morena.

La celebrada comedia de Juan Ignacio Luca de Tena, «La condesa María», empezará a filmarse tomando parte en el reparto, como figuras principales, Rosario Pino, una actriz rusa y José Nieto.

En Oviedo están rodando las primeras escenas de «La neña de plata», en la que toman parte María Luz Callejo, Isabel Roig, Cifrian, Ullón y los hermanos Montenegro (Fernando y Manuel).

Una vez terminada «La hermana San Sulpicio», que está dirigiendo Florián Rey, este mismo director prepara una nueva película, sin título aún, contando para ello con un capitalista sevillano.

Después de la prueba de «Estudiantes y modistillas», que ha dirigido nuestro compañero J. A. Cabero, éste proyecta la filmación de una nueva película.

En Madrid se está filmando una película titulada «La calumnia», que dirige un señor llamado Ruiz Rivelles.

«Rosa de Madrid», la comedia dramática de Luis F. Ardavín, se ha empezado a rodar por los estudios que dirige su hermano Eusebio.

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Trimestre, 2'50 pesetas / Semestre, 4'75 pesetas / Año, 9'00 pesetas

Extranjero: 15 pesetas año • Pago por adelantado

Envíese el importe de la suscripción por giro postal o en sellos de correo.



# P u y a z o s

Del maestro L. Mendaña

PASODOBLE

The musical score is written for piano and voice. It begins with a treble and bass clef, a key signature of two sharps (D major), and a 2/4 time signature. The first measure is marked 'f' (forte). The score includes a vocal line (vaz) starting at measure 10. The piece ends with a Coda section marked 'CODA.' and 'Al F y Coda'.

**"Popular Film"**, es el mejor semanario cinematográfico.

**"Popular Film"**, es el semanario más barato.

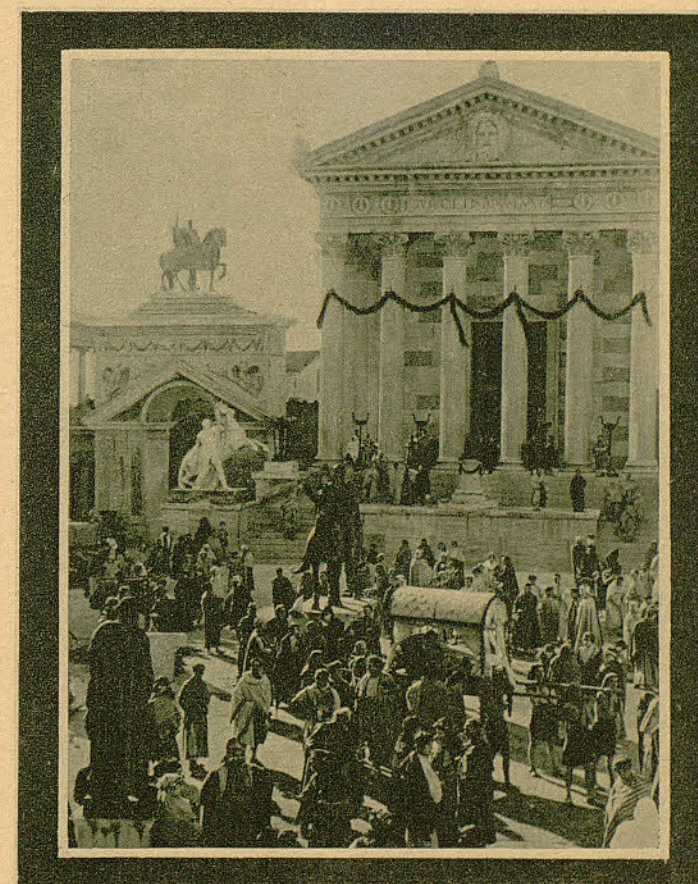
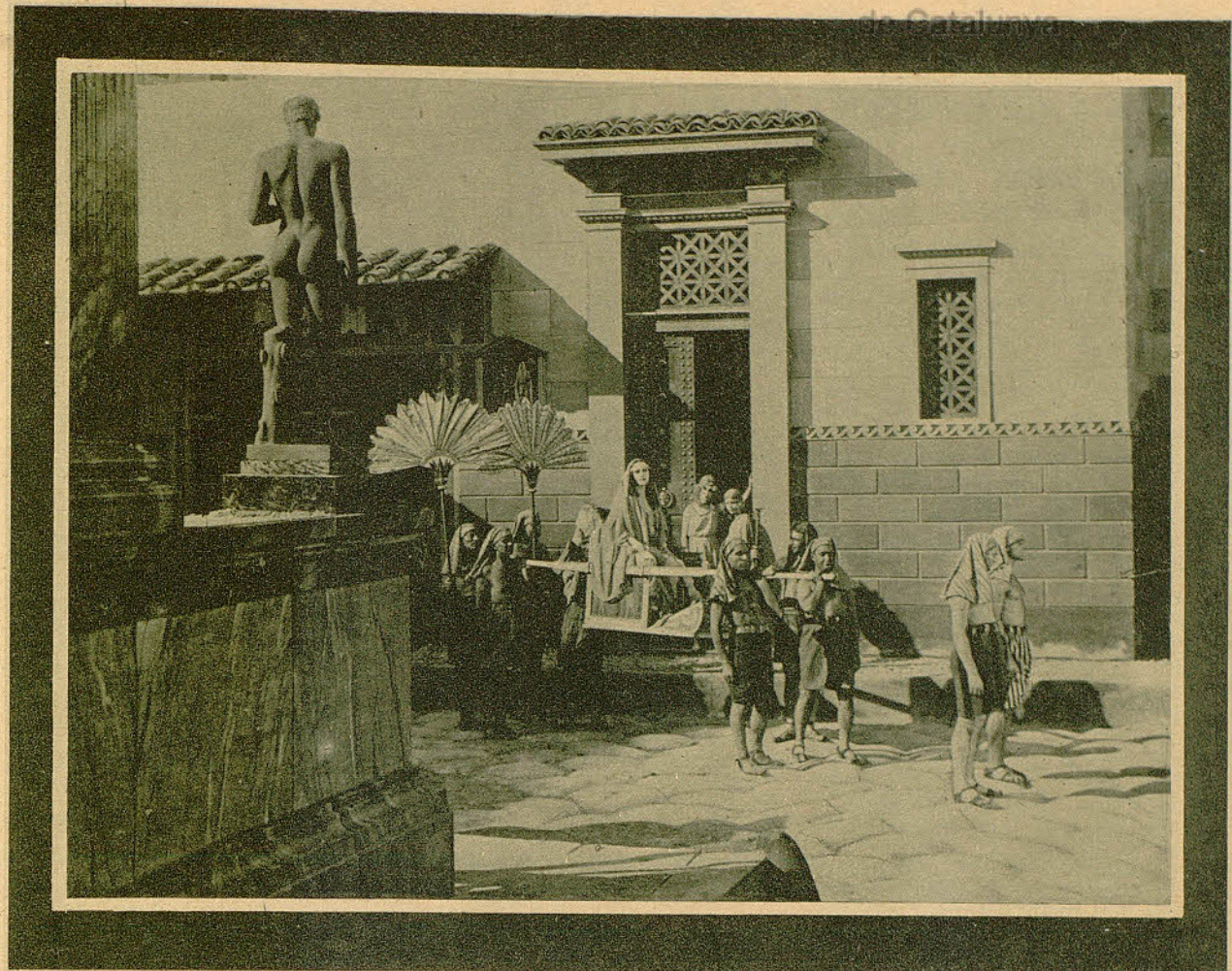
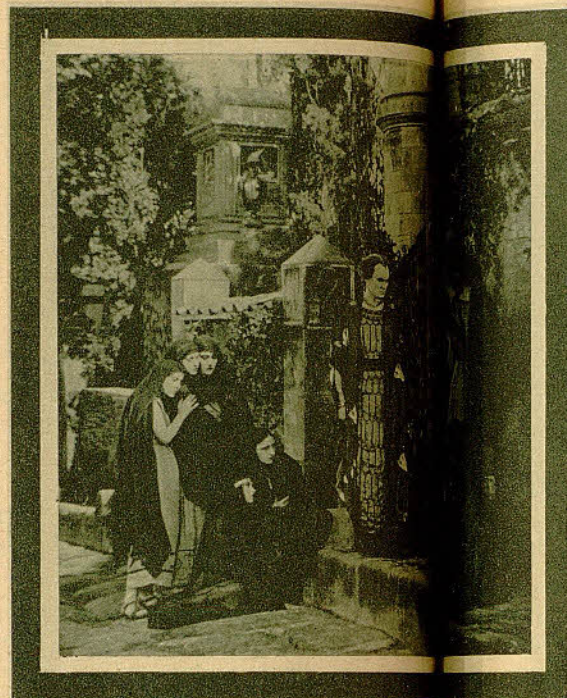
**"Popular Film"**, es el semanario que conviene a las familias.

Suscribirse a **"Popular Film"**, es una obligación para todos los amantes del cinema.



# FRENTE A LA PANTALA

## LA CIUDAD CASTIGADA, film Sotiana



Esta cinta es la nueva adaptación cinematográfica del relato histórico de E. Bulwer Lytton, "Los últimos días de Pompeya". En ella toman parte, María Korda, la Condesa Rina de Liguoro y Víctor Varkony.



## PROYECCIONES DE PRUEBA

### "El séptimo cielo" (Fox) en el Kursaal

De las cuatro películas presentadas de prueba por la Fox, es esta, sin duda, la más importante. Requiere su comentario, en consecuencia, la máxima atención y el mayor espacio en esta plana de la revista. Y no vamos a regatearle ni atención ni extensión.

«El séptimo cielo» es una buena película. Así, llana y sencillamente. Sin adjetivos hinchados, sin hipérbolos y sin exageraciones dialécticas de mal gusto y poco justas.

Los calificativos de superproducción titán y otros de ese jaez, no expresan nada y ni siquiera tienen eficacia como reclamo.

Dejemos, pues, en buena película «El séptimo cielo». Y ya es bastante.

#### El argumento

Ni original, ni vulgar. Un episodio más de la vida, lleno del interés, de la emoción y del encanto que tiene siempre el hecho real — o que parece arrancado de la realidad —, aunque no sea nada extraordinario. Es éste el mayor mérito de toda obra de arte que no pretende remontarse al maravilloso reino de la fantasía, sino interpretar a la Naturaleza. Y más que de ningún otro arte del cinematográfico, por su misma condición dinámica y plástica.

El argumento de «El séptimo cielo» posee ese mérito, y sumado a él otro también muy principal: la precisión con que están definidos los caracteres. Los personajes principales tienen psicología propia, son seres de carne y hueso y no muñecos con traza de persona.

Por eso mismo se comprende menos que para el único que esos caracteres no se presentan claros sea para el autor de los títulos en español.

Más adelante diremos por qué.

#### Los intérpretes

Hay que hacer mención especial de Janet Gaynor. Su modo de interpretar y de sentir el «rob» de Diana, no puede ser más íntegro y acertado. Logra transmitir al espectador, con el gesto y con el ademán, muy sobrios, todos los momentos psicológicos por que pasa el personaje, incluso en aquellos matices que podían escapar a la comprensión del artista de puro tenues.

Janet Gaynor se nos revela aquí como una actriz de sensibilidad muy depurada.

Charles Farrell sostiene bien el tipo a él encomendado; pero no alcanza su labor la perfección de otras veces. El Charles Farrell de «Tripoli» nos convence más que el de «El séptimo cielo».

#### Fotografía y técnica

Lo fotografía, muy nítida siempre. De bello efecto en algunas escenas de la guerra. Un buen alarde de técnica es la homogeneidad lograda en los vastos conjuntos y en cómo están resueltos los primeros planos, que abundan en esta cinta.

#### Los títulos

El señor Herrero Miguel, autor de los títulos en esta edición española, no ha comprendido el tipo que desempeña Charles Farrell. Y es tanto más extraño cuando la psicología del personaje no puede ser más simple.

«Chico», que así se llama el personaje, sin que nos expliquemos la causa de tal nombre, que no apodo, es un individuo de una mentalidad y de una educación rudimentarias. Tosco, torpe de expresión, de poco discernimiento. Los problemas más sencillos son para él laberintos y enigmas. Pues bien: un individuo de esta clase, no puede ser un descreído en materia religiosa, un ateo, ni tampoco un definidor de los actos divinos.

Su inteligencia no le permite elaborar razonamientos, más o menos sólidos, sobre la existencia de Dios o sobre la bondad divina.

Y esto es lo que el señor Herrero Miguel ha logrado que sea «Chico» a través de sus títulos y contra toda lógica y, lo que es más grave aún, contra el carácter y la psicología del personaje.

«Chico» no puede ser un ateo, ni discutir la bondad divina. Los individuos de inteligencia tan tosca, o tienen el instinto de la fe, o por carecer de ese instinto no se han parado nunca a meditar sobre cosa tan sutil y trascendental como la existencia de Dios. Estas inquietudes espirituales están reservadas únicamente a los filósofos, a los pensadores, a los hombres de cerebro muy cultivado.

El señor Herrero Miguel no ha comprendido, ni remotamente, ese personaje. Y en una película de la importancia de «El séptimo cielo» es este un grave defecto que puede, incluso, comprometer su éxito.

GAZEL

### "Erase una vez un príncipe" (Fox) en el Capitol

El asunto de «Erase una vez un príncipe» se ha llevado varias veces, con algunas variaciones, a la pantalla. No hay que buscar, pues, su importancia en la novedad del argumento.

A pesar de esto, «Erase una vez un príncipe», por la esplendidez de su presentación y por la excelencia de la fotografía, es una película bastante aceptable y entretenida.

Todos los intérpretes se mantienen en un plano muy discreto.

### "¡Madre mía!" (Fox) en el Cataluña

Aunque esta película lleva la firma del excelente director John Ford, es difícil hallar en ella rasgos que denoten su participación en la dirección del film.

El asunto de «¡Madre mía!» es vulgar y trasnochado, y la interpretación raya a la altura de aquél. Es, por lo tanto, una producción corriente, de las que pasan sin pena ni gloria, y que no puede, por ningún concepto, alardear de «super» o de cualquier otro de esos fantásticos superlativos cinematográficos tan en boga.

L. L.

### "Gente de guantes" (Fox) en Pathé Cinema

Es esta una película de fina comicidad a la que se mezcla la pincelada sentimental con mucho acierto.

Lo más notable de ella, sin embargo, es la interpretación. El trio George O'Brien, Edmund Lowe y Douglas Fairbanks (hijo), realiza una labor artística concienzuda. Todos ellos dan a sus respectivos papeles el máximo de gracia y de expresión.

Los títulos del señor Herrero Miguel han sido acertados, por lo general, en esta ocasión; pero haría bien en suprimir alguno de ellos antes del estreno de la película, como por ejemplo, el de la «fiebre cerebral».

Es un consejo sincero por si lo quiere tomar en cuenta.

#### NOTICIARIO CINEMATOGRAFICO

### Operador español contratado

Nuestro particular amigo el joven y experto operador señor Soler, ha sido contratado por la Metro-Goldwyn, habiendo salido para Portugal.

### Fallecimiento

Tras larga enfermedad ha fallecido la señora doña Jacinta Creus, esposa del conocido empresario don Guillermo Juncá, al que enviamos la expresión de nuestro sentido pésame.

### Aniversario de la muerte de Rodolfo Valentino

El día 22 del actual hizo un año del fallecimiento de astro de la pantalla Rodolfo Valentino, al que por aquellas fechas dedicó nuestra revista un número extraordinario en el que recogimos la vida del celebrísimo actor con todas sus peripecias, amores y anécdotas.

Ahora sólo cabe marcar aquella fecha luctuosa para el arte cinematográfico. Cualquier otro relato que se hiciera, sería más bien un escarnio que un homenaje.

#### PELÍCULAS ESPAÑOLAS

### "Los héroes de la legión"

Está terminando de impresionarse en el Norte de Africa una película española que lleva por título «Los héroes de la Legión», asunto original de nuestro compañero en la prensa Rafael López Rienda, cronista de guerra de «El Sol».

En «Los héroes de la Legión», López Rienda presenta la vida heroica y sentimental de la Legión. Bellas escenas de emoción intensa que plasman la vida de unos interesantes tipos legionarios, dando ocasión a divulgar cómo vive y lucha nuestro glorioso Tercio.

Los protagonistas de la película están a cargo de la bellísima actriz Carmen Sánchez y los primeros actores Ricardo Vargas y Pablo Rossi. También toman parte en la «film», a más del resto de la notable compañía Vargas-Rossi, contratada al efecto, muchos elementos de la Legión, pues es propósito de López Rienda, que lleva la dirección artística de la nueva película, presentar los más bonitos paisajes de Ceuta, Tetuán y Xauen, como fondos de las emocionantes y sugestivas escenas de «Los héroes de la Legión».

Actúa de operador Carlos Paissa.





# INFORMACIONES EXTRANJERAS

(DE NUESTROS REDACTORES ESPECIALES)

## El primer manuscrito sobre la vida de Margarita Gautier

Según refiere un literato francés, el primer manuscrito sobre la vida de Margarita Gautier, que tan acertadamente acaba de trasladar a la pantalla la First National, fué escrito por Alejandro Dumas en tres semanas, con ocasión de hallarse éste descansando una temporada en Saint-Germain-de-Laye. Mientras Dumas escribía sin cesar en su albergue de «Le Cheval Blanc», un amigo suyo iba copiando sus cuartillas, a condición de que el manuscrito original fuera para él.

Pasado algún tiempo (todavía no se había construido el canal de Suez), el amigo de Dumas emprendió un viaje a las Indias. Al doblar el Cabo de Buena Esperanza se desencadenó una tempestad tan violenta, que para salvar el buque fué necesario arrojar al agua una buena parte de la carga. Entre los objetos sacrificados, estaban las maletas del amigo de Dumas, una de las cuales contenía el manuscrito original de «La Dama de las Camelias».

— ¡Qué final tan hermoso el de mi primer manuscrito! — dice Dumas en una carta que en el año 1880 escribió a su amigo Calman Levy, relatándole el accidente.

## De París a Venecia en dos minutos

Hace cosa de seis meses, este milagro lo realizaban cada día en Hollywood dos de nuestros compatriotas: los famosos astros Antonio Moreno y Luis Alonso. Mientras el primero interpretaba «La Venus de Venecia» con la linda Constance Talmadge, el segundo trabajaba con Norma en «Margarita Gautier», para cuya película fué necesario reconstruir algunos trozos de París.

Al terminar el trabajo, las hermanas Talmadge (que por primera vez en su vida trabajaban pared por medio) salían en compañía de los dos grandes astros españoles, y éstos, con las americanas al brazo, después de tomar un café en cualquiera de los establecimientos parisinos montados para la cinta de Norma, daban un paseo por los hermosos canales de la romántica Venecia.

La plaza de la Ópera, y la no menos famosa de San Marcos, hallábanse como a unos quinientos metros de distancia. He aquí uno de los numerosos milagros que ordinariamente acontecen en los grandes estudios cinematográficos.

## Ronald Colman filma sin maquillarse

La primera vez que Ronald Colman se decidió a filmar sin maquillarse fué en «Kiki». Según el prestigioso director de «Kiki», Clarence Brown, verdadera autoridad en la materia, esta tendencia a filmar sin maquillaje, patrocinada por Ronald Colman y algunos otros astros de fama, representa un verdadero adelanto en la cinematografía. Hace diez años, el filmar sin maquillaje hubiera parecido un solemne disparate. Hoy día, en cambio, el

cine evoluciona con vistas a suprimir todo lo ficticio. Desde luego, según dice el director de «Kiki», las caras de los artistas al presentarse sin esas cortezas de afeites que en ocasiones alcanzan hasta un centímetro de espesor, presentan un aspecto infinitamente más real; los músculos del rostro se contraen y dilatan con mucha mayor facilidad, y por ende la expresión de sus estados anímicos resulta mucho más perfecta.

## Quién es Lilian Harvey

Lilian Harvey, la conocida estrella de la U. F. A., no es precisamente alemana, ni siquiera vienesa. Lilian Harvey vió la luz en Londres el 19 de enero de 1907, contando, por consiguiente, en la actualidad, veinte años tan sólo.

La Harvey procede de antigua y linajada familia británica, que a raíz de la última guerra perdió su fortuna; de ahí que sus padres se trasladaran a Berlín, ingresando Lilian en un pensionado. Pero según declara la propia artista, sus éxitos como estudiante fueron pocos, menudeando los correctivos que imponían los maestros a su poca aplicación. Lilian se sentía atraída por el arte, y a él posponía la gramática y las matemáticas. ¡Cuántas y cuántas veces sus profesores la habían sorprendido ensayando un «ballet» entre los fondos del parque del colegio!

La poca afición a los libros, caras serias en los maestros y una acumulación de castigos, hicieron que la traviesa Lilian adoptara una resolución: la de salir del pensionado. Y, efectivamente, temiendo que la «censura» de la directora interceptara la carta que en tal sentido pudiera ella mandar a sus padres, optó por ser ella misma quien les trajera «salí» del colegio, y una buena mañana, Lilian Harvey hacía irrupción en la casa de sus padres.

Su resolución de dedicarse al arte, fué finalmente aprobada por sus progenitores, y Lilian aprendió de Mary Zimmermann los secretos de la danza. Sus primeras armas como

bailarina fueron en Budapest, sin que los éxitos obtenidos fueran todo lo brillante que podía desearse, pues los rumanos — dice ella — no estaban capacitados para apreciar su arte... ni sus excentricidades.

Fué en Viena, en el Teatro Ronach, cuando Schwarz la «descubrió» en la interpretación del primer papel que se le adjudicó en la revista «Viena, ten cuidado!». Allí, convencido Fichberg, firmó su primer contrato como artista de películas, y tras algunas producciones afortunadas, fué requerida para formar en el elenco de la U. F. A., que la ha consagrado como estrella de primera magnitud.

## Dos ballenas que no quisieron salir en película

Ocurrió que estando impresionando la película de la First National, «El gavián de los mares», en el momento en que la fragata morisca se disponía a lanzarse sobre la española, el barco árabe tropezó contra dos objetos extraños semejantes a dos barcasas. El director de la película, Franck Lloyd, corrió a la popa creyendo haber dado contra un banco de arena; pero cual no sería su sorpresa al observar que dos enormes ballenas huían despavoridas lanzando pequeños chorros de agua semejantes a «jeisers» en miniatura.

— ¡El «cameraman», que venga inmediatamente! — gritó el director deseoso de poder incorporar a la cinta aquel suceso excepcional.

Pero cuando llegó el operador y dispuso su aparato, los dos cetáceos se hundieron en el abismo insondable, con la consiguiente desesperación del director.

## Los amores de Manón

La especial manera de ser de los productores americanos, atentos siempre a dar a sus producciones un soplo de vivificante optimismo, ha hecho que se introdujeran en la obra del abate Prevost, «Manon Lescaut», adaptada definitivamente a la pantalla con el nombre de «Los amores de Manón» (e interpretada por la popular pareja John Barrymore y Dolores Costello), algunos cambios que dan a su argumento cierta modernidad en el desenlace, quitándole algo de su trágico sabor y dando a la figura de Manón el atractivo irresistible de cierta ingenuidad no reñida por cierto con la ideología del personaje femenino, como sabrá apreciar el que conozca a fondo los cambiantes que presenta el alma de la mujer.

«Los amores de Manón» son un alarde de arte, técnica y gran presentación que encierra una suntuosidad de buen gusto y exactamente a tono con la época.

## Lon Chaney, detective

Lon Chaney va interpretar un papel digno de su personalidad. Surgirá en breve como un detective. Es un personaje ideal para ese artista, y será interesantísimo verlo metido en un grueso sobretodo, en cuyos bolsillos guardará diez o veinte caracterizaciones de esas que él sabe sacar admirables efectos.

## Carteles de Cine

Manufactura general de impresos

Litografía

Reproducciones de arte

Catálogos :: Cromos

Facturas :: Papel de

cartas:: Tarjetas y demás

trabajos comerciales

# R. Folch

TELÉFONO 674 G.

VILLARROEL, 223 - PARÍS, 130

BARCELONA

## PELO o VELLO

desaparece hasta la raíz sin molestia, usando los productos premiados en París, Roma, Amberes y Londres

### DEPILATORIO BORRELL

polvo inodoro para la cara y nuca: 3'50 Ptas.

### Agua Damil

líquido inodoro y perfumado, exclusivo para piernas, brazos, etc. Precio: 8 Ptas.

EN PERFUMERÍAS O

A. BORRELL - CONDEASALTO, 52 - FARMACIA BARCELONA



## ¡Tos! ¡Tos! ¡Tos!

y demás enfermedades del aparato respiratorio, se curan con la

## Solución Cases al Guayacol

FARMACIA PUCHADES

Plaza de la Lana, 11 - BARCELONA



## Ayer, chicas colegialas; hoy, estrellas del cine

por Dorothy Wooldridge

¿Qué necesidad hay de ir por esos países extranjeros en busca de caras hermosas para el cine? Aquí mismo, entre las chicas de las escuelas públicas, hay caras y cuerpos bonitos para llenar veinte Ziegfeld Follies y otras tantas Mack Sennett. Rarísimo es el productor, empero, que se ha enterado de que muchas de las famosas estrellas de hoy fueron colegialitas de aquí de Los Angeles. De vez en cuando aparece en enormes letras eléctricas el nombre de una nueva actriz que alguna película grande ha elevado al rango de estrella. Todo el mundo, incluso productores y directores, se dice: «¡Oh, es la nueva estrella de la Corporación Tal o Cuál!» Nadie se da la molestia de retroceder un año o dos y descubrir la vida anterior de la actriz.

¿Cuántos hay que sepan que Louise Fazenda, Carmel Myers, Merna Kennedy, Juanita Hansen, Vera Reynolds, Laura La Plante y Fay Wray fueron (algunas hasta hace sólo uno o dos años) alumnas de las escuelas públicas de Los Angeles?

En la escuela Polytechnic había hace algunos años una morenita de cara redonda y ojos vivarachos; los muchachos y las muchachas de la escuela no reparaban más en ella que en el resto de los alumnos. A menudo faltaba a clase, y se iba a hacer novillos tomando el tranvía interurbano con rumbo a los talleres de Mack Sennett, donde aparecía, los días de buena suerte en que los directores usaban extras, en los grupos de chicas bañistas. Así comenzó su carrera la que hoy es aclamada como una de las más brillantes estrellas de Cecil De Mille: Vera Reynolds.

Continuó Vera en la escuela Polytechnic por dos años, dividiendo sus días entre los talleres Mack Sennett y la sala de clase. A los diez y ocho años abandonó la escuela por completo al recibir, inesperadamente, un contrato con Cecil B. De Mille.

\*\*\*

La lindísima Phyllis Haver abandonó la escuela superior Manual Arts en 1918, cuando Phyllis estaba en tercer año, y entró en los talleres de Mack Sennett, donde pasó a ser una de las más hermosas y populares «bathing girls» de esta corporación que ha sido, con Ziegfeld Follies de Nueva York, el punto de



Laura La Plante

partida de la mayor parte de las estrellas del cine. Phyllis Haver firmó recientemente un largo contrato con Metropolitan.

Elinor Fair, la estrella de Cecil B. De Mille, que hace hoy sensación por su genial caracterización de la princesa rusa en «El botero del Volga», fué una entre centenares de chicos y chicas de la escuela primaria de la calle 66. Entró después en la St. Mary's Academy, de donde se graduó y pasó al cine. Su primer trabajo lo hizo en «El hombre portento», en 1918.

\*\*\*

En el verano de ese mismo año fué cuando Carmel Myers obtuvo la oportunidad de apa-



Elinor Fair

recer como extra en una película de D. W. Griffith. Carmel estaba entonces en su primer año de escuela secundaria; era bastante vivaracha y popular entre sus compañeros. Durante el año las escuelas superiores de Los Angeles habían celebrado una parada para la cual se eligió una reina; en la votación, Carmel obtuvo el segundo lugar. Carmel tomó parte en todas las actividades escolares de la escuela superior Los Angeles; fué uno de los redactores del periódico escolar «Blue and White», y ganó el primer lugar en el debate anual. Su creciente éxito en los talleres la obligó, sin embargo, a abandonar a sus camaradas de colegio y dedicarse enteramente al cine.

\*\*\*

Hasta el año 1922, Laura La Plante fué alumna de la escuela superior Hollywood. Cuando uno se para a considerar el éxito meteórico de Laura, no puede menos de pensar que la vivaracha rubia debe haber pasado las horas de clase soñando con automóviles



Bebé Daniels

y collares de perlas. Ingresó como extra en las comedias de Christie; después, su buena fortuna guió sus pasos hacia los talleres de Universal donde, después de un brevísimo período de papeles secundarios, fué contratada para actuar con rango de estrella. Su último gran film es «Mariposas en la lluvia»; la siguió con la cinta de gran espectáculo «El sol de media noche».

\*\*\*

Entrar en el cine y aparecer inmediatamente en el papel estelar sin haber hecho jamás trabajo como extra o colaborador secundario es el colmo de la buena suerte. Este rarísimo suceso se ha repetido recientemente en la linda Merna Kennedy, ayer alumna de la escuela Los Angeles, hoy dama principal en la última película de Charlie Chaplin: «El circo».

Merna Kennedy fué uno de los centenares de chicuelos de la escuela primaria Sentous; después ingresó en la escuela superior Los Angeles. Se graduó allí al cabo de los cuatro años establecidos y, en lugar de ingresar en la universidad, se fué a San Francisco y se matriculó en la escuela particular de Miss Burke. Volvió últimamente a Los Angeles donde su buena estrella la puso en contacto con Charlie Chaplin.

Hasta hace un año, Doris Hill era alumna de la escuela Fairfax. De allí salió para interpretar el papel femenino en la película cómica de

Sid Chaplin, «El muerto al hoyo». Su brillante actuación en esa cinta le valió un largo contrato con Warner Brothers.

Cuando Gladys McConnell se graduó en la escuela Hollywood en 1923, no tenía la más mínima ambición de dedicarse al cine. Algunos amigos la incitaron a que fuese a los talleres de Fox; al poco tiempo estaba contratada. Sus mejores caracterizaciones han sido en «El caballo endiabladito», «El desahuciado» y «Pigs».

Bárbara Kent y Fay Wray fueron camaradas en la escuela Hollywood. Bárbara es una de las raras actrices que han hecho su entrada en el cine sin pasar por los años de extra y colaborador secundario.

Fay Wray comenzó su carrera como chica bañista en las comedias de Hal Roach.

Con todo este grupo de belleza y talento, pregunto yo otra vez: ¿Para qué ir a países extranjeros en busca de actrices del cine? Con una jira por las escuelas primarias y secundarias de Los Angeles, se pueden encontrar todos los tipos de belleza que se deseen.

LOS ANGELES



# Museo fotográfico de *Popular Film*



**NORMA TALMADGE**

la genial intérprete de "Margarita Gautier", de la First National



## El gran desfile

Superproducción Metro  
Goldwyn, interpretada  
por John Gilbert

Europa llevaba ya más de dos años y medio enzarzada en la sangrienta guerra que mermó de hombres y de actividades a media Europa. Poco a poco fueron sumándose países a cada una de las naciones adversarias que intervenían en el conflicto. Ya parecía imposible que pudieran sostenerse unos y otros beligerantes, hasta que los Estados Unidos decidieron intervenir junto a los aliados.

Dos ciudadanos amantes de su nación eran Jensen, humilde obrero que se citaba como ejemplo de laboriosidad, y O'Hara, un mozo de taberna, fuerte, de mirada leal.

Los dos se alistaron para engrosar el contingente de hombres que la nación enviaba a Europa.

Jaime Apperson era un joven de familia acaudalada. Su padre, un rico comerciante, le amonestaba continuamente por la despreocupación con que vivía, sin interesarse por el movimiento de la fábrica, y le mostraba el celo de su hermano Enrique, que se desvivía por atender al negocio.

La señora Apperson tembló al saber el rompimiento de las hostilidades.

Por Enrique estaba tranquila, porque sabía que no podría abandonar su participación en el negocio.

Temblaba por Jaime. Pero a éste no se le ocurrió ni un momento partir.

Jaime tomó su auto y marchó a pasear. Una joven muy linda, que habitaba junto a la familia Apperson, salió en aquel momento, cambiando un saludo con Jaime.

Justina dejó estupefacto a su vecino al hablarle entusiasmada del acontecimiento nacional.

A Jaime le cohibía oír a la joven ensalzar el patriotismo de los mozos que ya se habían alistado; aligeró la entrevista y continuó su paseo.

Tuvo que detener la marcha de su auto al llegar a las calles céntricas. El público se aglomeraba para ver desfilar los voluntarios y las damas de la Cruz Roja.

Jaime miró aquel espectáculo con indiferencia, primero; pero luego fué contagiándose del entusiasmo popular.

Ahora desfilaba un auto ocupado por un grupo de alegres voluntarios que, al ver a Jaime, le saludaron.

—¿Qué, Jaime? ¿No vienes?

—Yo no.

—¡Ven, hombre! todos los compañeros vamos a sentar plaza!

—¡Eh, amigos! Esperadme. Soy de los vuestros — se decidió.

Aquella noche, al volver Jaime a su casa, la señora Apperson, que le esperaba impaciente, le interrogó si se había alistado; pero el joven, por no dar un disgusto a su madre, la tranquilizó sonriendo.

Justina, la vecinita, entró intempestivamente; besó a la afligida madre, y sorprendió a todos con su pregunta:

—¿No se sienten ustedes orgullosos de él?

Todos los ojos interrogaron a la vez.

—Pero... ¿no les ha dicho nada? ¡Jaime ha sentado plaza al primer llamamiento!

Jaime dirigióse a su novia para hacerla callar; pero ya era tarde.

El señor Apperson, emocionado, con los ojos cuajados de lágrimas, abrazó a su hijo.

—¡Bravo, muchacho, bravo!

La señora Apperson enmudeció de dolor. Estrechó a su hijo mimado y lloró en silencio.

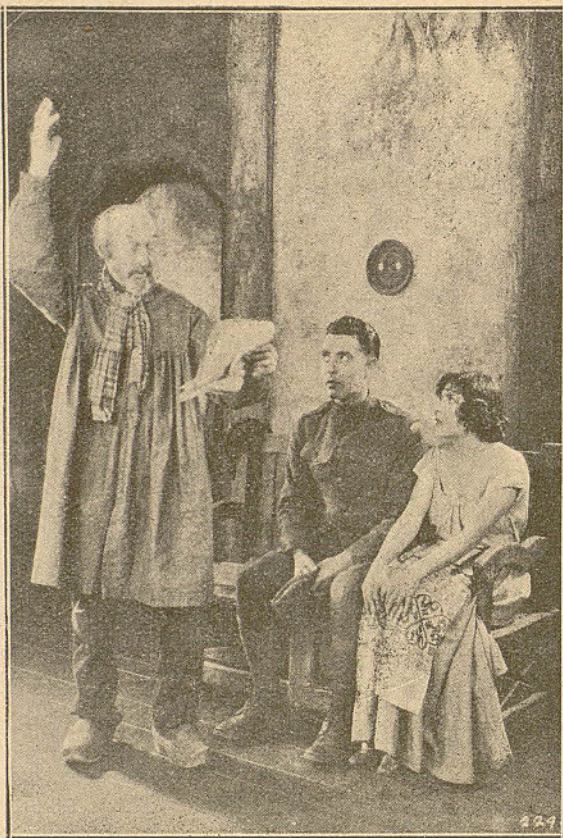
Los reclutas se confundieron en fraternal camaradería. En la vida agitada de las armas intimaron Jaime, el joven rico, con aquellos modestos voluntarios Jensen y O'Hara.

La expedición partió para Francia, y ya aquí fueron destinados a los frentes. O'Hara

lucía los galones de cabo. Los tres fueron alojados en un pajar de la villa de Champillon. La dueña de la granja, que apareció con su hija en el rellano de la escalera, protestaba indignada de la transformación que sufrió el patio con las maniobras de los soldados.

Jaime, desde que aparecieron las mujeres, no quitaba la vista de la jovencita, que hasta contrariada estaba encantadora.

Cuando los soldados terminaron su trabajo,



subieron a descansar; pero Jaime antes quiso saber qué contenía un paquete que acababa de recibir de América.

Era una torta que le enviaba Justina, su novia, y una carta de la misma, que decía así:

«El pensar que pronto llevarás a tus soldados al combate, me llena de orgullo. No puedo menos de envidiarte, y más cuando te imagino en esa poética tierra francesa, aspirando el delicioso aroma de las rosas. Te mando tabaco y una torta que hice yo misma. Tuva siempre, Justina.»

El joven repartió la torta entre sus dos camaradas O'Hara y Jensen, y el comentario de los tres compatriotas fué:

—La guerra, por ahora, no se presenta tan mala como dicen.

Los soldados que se alojaron en la villa de Champillon trabajaban de firme.

Jaime, O'Hara y Jensen eran inseparables. A la orilla del río lavaban su ropa, cuando, de pronto, se les ocurrió la idea de ducharse. Necesitaban para ello un barril donde meterse y una palangana agujereada que sirviera de regadera.

Echaron a suerte quién había de ir a la granja a buscar lo que necesitaban, y tocó a Jaime.

Partió Jaime, y no se arrepintió, pues llegó a ver de cerca a la hija de la granjera, que era una deliciosa joven, llamada Melisande.

Jaime, absorto en la contemplación de la muchacha, cometió mil torpezas con el barril

y la palangana, que fueron causa del regocijo de la joven.

Llegaron ambos artefactos sanos y salvos a la orilla del río, y procedieron los camaradas a su sesión de baño.

Melisande se había asomado a la puerta del patio que daba al campo, y ante sus ojos aparecieron dos hombres completamente desprovistos de ropa.

Jaime vió a Melisande y avisó a sus camaradas para que se pusieran presentables ante una señorita, y él, mientras, marchó hacia ella a ofrecerle sus respetos. La saludó en inglés y ella le correspondió por el gesto. Sonrieron ante la imposibilidad de entenderse hablando cada uno distinta lengua.

Tuvieron un corto diálogo mímico, hasta que O'Hara llegó y cambió unas palabras en francés con Melisande. Todos quedaron estupefactos, pero O'Hara siguió, no ya hablando, sino accionando con la joven, y ésta tuvo que recurrir, por medio de señas, al auxilio de Jaime. Este también intentó besar a la muchacha, quien, valientemente, le dió una soberbia bofetada, aunque luego le pesase y quisiera borrarla, a su vez con un beso.

A Jaime le interesaba aquella chica, y no perdía ocasión para hablarla y estar a su lado.

Menudearon las entrevistas de los jóvenes, hasta que un día Melisande se atrevió a presentar en su casa a Jaime a una reunión de inválidos de la guerra del 70.

Un toque de corneta reunió a todos los soldados y se procedió al reparto de la correspondencia. ¡Carta de la madre o de la novia! Cuando las recibían en sus manos las regaban con lágrimas y las llenaban de besos.

O'Hara tuvo un contratiempo serio. Con la algaraza perdió su carta y, cuando salió del remolino de uniformes, creyó que su carta la leía un soldado y le propinó un puntapié. La sangre se le heló al ver que quien lo había dado era un oficial.

—Es usted cabo, ¿verdad? Bien. Apenas termine de leer mis cartas le mandaré quitar los galones. Abróchese el cuello de la guerrera.

O'Hara quedó desconcertado...

Un grupo de oficiales llegados en automóvil han ordenado a los de Champillon:

—¡A formar con equipo completo y con casco!

En unos instantes se formaron los muchachos. Jensen, que había sido nombrado cabo, los reunió con facilidad. Jaime partía apenado porque no podía despedirse de su adorada Melisande.

Volvió la vista atrás muchas veces, pero sus ojos no tuvieron la dicha de encontrarla.

Melisande, en tanto, cuando supo la partida de los soldados, corrió al paso de los batallones. No consiguió nada. Era interminable la fila de camiones y de hombres a pie y no era posible distinguir claramente los rostros de todos.

Por fin le distinguió en el momento en que iba un soldado a subir a un camión.

¡Jaime! ¡Jaime!

Jaime, al oír la voz querida, gritó:

—¡Melisande! ¡Aquí! ¡Aquí!

—¡Dáme un recuerdo! — imploró la muchacha.

Jaime, con los ojos llenos de lágrimas, se arrancó del cuello unas medallas y se las echó.

—¡Virgen santa, haz que vuelva, que es mi vida!

La senda blanca que dibujaba el camino se



cabrió pronto con los millares de hombres que desfilaron por ella.

Continuaron la marcha hasta llegar a un bosque, donde hicieron descanso.

Jensen, Jaime y O'Hara, los inseparables, se habían tendido a descansar y fumar un pitillo, cuando el capitán ordenó:

—¡Calar bayoneta! ¡Formación de ataque!

El cabo Jensen era uno de los que más se regocijaban con las inquietudes de la vida de campaña.

Se internaron aún más en el bosque, con el oído atento y conteniendo la respiración. Sonó una descarga cerrada. Los americanos continuaron su marcha adelante, pero una nueva descarga les hizo echarse al suelo. El capitán, dando ejemplo, se puso al frente, y gritó:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Jaime y Jensen, deshechos, pálidos, sentían les abandonaban las fuerzas. El enemigo empleaba los gases asfixiantes, y el humo mortífero cerraba el paso a los soldados que avanzaban.

Los cañones entraron en acción. Un obús de los adversarios cayó cerca de la trinchera que se improvisaron los amigos. Se palparon todo el cuerpo cuando se aclaró algo el ambiente. Habían volado piedras, tierra y cascos de soldados.

De pronto, les llegó una orden.

—El capitán — dijo un soldado — dice que vaya uno de vosotros a hacer callar el cañonazo ese que está achicharrándonos.

Tuvieron que echar a suerte quién habría de ir. Los tres valientes se disputaban la ejecución del arriesgado mensaje.

El cabo Jensen salió victorioso y se despidió rebotando alegría.

—Buena suerte.

Se arrastró para confundirse con los cadáveres, y como fuera descubierto en dos ocasiones, otras tantas tuvo que refugiarse en unos hoyos. Descubrió en uno a dos enemigos y los mató. Continuó su deslizamiento, pero al cabo fué alcanzado por los proyectiles de una ametralladora que hicieron blanco en él.

—Jensen! ¡Jensen! — llamó Jaime, que oyó los quejidos de su desgraciado compañero.

—O'Hara, es Jensen... Le oigo muy bien quejarse.

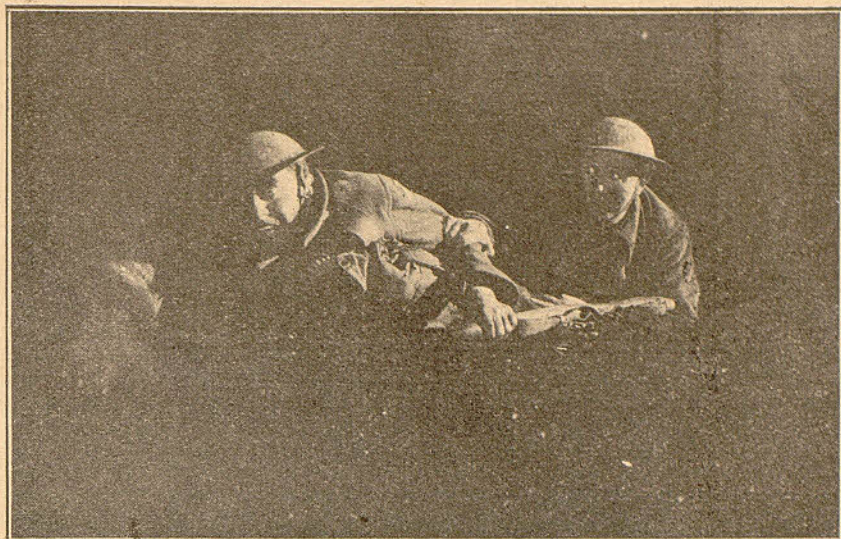
Y sin poder contenerse se deslizó hacia donde oía los gemidos.

¡Jensen estaba muerto!

Jaime, loco, se incorporó y sin temer a la lluvia de balas que caían a su alrededor, lanzó a las filas contrarias. O'Hara, contagiado del valor de su camarada, saltó fuera también y siguióle, pero a los pocos pasos fué alcanzado por el tiroteó y cayó como Jensen. Jaime, mientras, consiguió llegar hasta el cañón enemigo y le hizo enmudecer con una granada.

Al volver a su frente, arrastrándose siempre, fué herido en una pierna. Penosamente,

Recordó a Melisande. La imagen de la granjera de Champillon dulcificó sus instintos; pero, al evocar la muerte de sus compañeros,



le repitieron los deseos de rematar al enemigo.

Apartó su vista del herido, que se retorció de dolor. Un instante después se vidriaron sus ojos y se cerraron al fin.

Jaime temblaba al encontrarse herido también y junto a un cadáver. Le dolía la pierna, y sabe Dios cuándo sería sacado de allí.

El capitán de su compañía dió la orden de asalto y empezó la lucha cuerpo a cuerpo.

Más tarde los americanos consiguieron ocupar el pueblo que antes había invadido el enemigo.

La victoria fué alcanzada, pero a costa de muchas vidas.

Jaime fué hospitalizado por la Cruz Roja. No podía resistir tanto dolor. El herido próximo contó a Jaime que cayó en Champillon. Agregó que este pueblo había caído en poder del enemigo cuatro veces en un día, y al saber Jaime que sólo había seis kilómetros del hospital al pueblo, se le ocurrió partir para ver qué había sido de Melisande.

Era su obsesión. Sin titubear, saltó del lecho y descendió por una ventana. Tuvo la suerte de encontrar en el camino un camión y rogó a los que lo conducían que le llevaran en él, ya que pasarían cerca de Champillon.

—Sube y escóndete — le dijeron.

Llegaron al fin y descendió Jaime en el pueblecito. Todo eran ruinas. No había nadie, ni un alma. Los vecinos huyeron y desfilaban por la carretera conduciendo sus muebles y ropas.

Volvió a ser recogido por la ambulancia y hospitalizado de nuevo. En sus delirios evocaba la imagen de su madre y la de Melisande.

de, la deliciosa francesita que se adueñó de su alma.

La guerra continuó muchos meses aún y al fin vino la paz, y con ella la vuelta a los hogares.

También tornó Jaime, y entre la muchedumbre que aguardaba a los valientes vió a su padre.

—¡Muchacho! ¡Hijo mío!

—¡Papá!

Se confundieron en un abrazo y marcharon a la casa, donde la señora Apperson aguardaba impaciente.

A Jaime le esperaba una sorpresa: Su hermano Enrique, que quería en secreto a Justina, aprovechó la ausencia de aquél para conseguir que la joven le correspondiera. Fueron novios disimuladamente, aunque nadie hubiera interpretado mal las atenciones de Enrique con la novia de su hermano; pero al saber Justina que Jaime regresaba, creyóse en el deber de terminar con Enrique.

Lloraba sin saber por cuál decidirse, y, por fin, optó por éste, que, abrazándola, le dijo:

—¡No puedo renunciar a ti, Justina! Has de ser mi esposa.

La señora Apperson salió con Enrique y Justina a recibir al ausente que regresaba, y no pudo contener sus lágrimas al ver a su Jaime adorado inválido.

Hijo... Hijo...

Justina se acercó también, y él la besó levemente, sin poder olvidar a Melisande.

La señora Apperson llevó a su hijo al despacho. Quería gozar de su vista... ¡Había estado tan lejos y tan expuesto!

—Has debido sufrir mucho; pero ya todo pasó, y ahora hay que pensar en vivir, olvidando.

—Yo, mamá, no puedo ser feliz... Yo no amo a Justina... Díselo tú... Conocí en Francia una muchacha, y la quiero... No sé dónde está... Quisiera volver a verla... Ella me quiere también. ¿Qué me aconsejas, mamá?

La señora Apperson suspiró aliviándose. Así Jaime no sabría la volubilidad de Justina.

—Debes buscarla, cueste lo que cueste, si la muchacha aquella te ha de dar la dicha.

Jaime partió para Francia. Melisande y su madre trabajaban en las tareas del campo. Había que hacer fructificar aquella tierra que soportó tantos cadáveres.

Melisande, perdida la mirada, recordaba a su Jaime!

De pronto, en lo alto de una colina, divisó la silueta de un hombre que cojeaba. No la engañaba el corazón: era su Jaime querido, y corrió a su encuentro.

—¡Melisande! ¡Melisande!

Y, confundidos en un abrazo, olvidaron sus penalidades, y se besaron locos.

—¡Te hubiera esperado siempre, pobrecito mío!

—¡Serás mi esposa, Melisande!

aguantando el dolor, se dejó caer en un hoyo; pero aquí encontró un enemigo herido. El recuerdo de Jensen y O'Hara muertos le hizo sacar el machete para terminar con él, pero el herido le estrechó una mano y señalaba su parte herida, y esto le desarmó.

Melisande, con su madre, llorando acongojada, sufría también por Jaime.

Este, en tanto, la llamaba rebuscando entre las ruinas de la granja, y cansado, deshecho, cayó sin poder resistir los dolores de su herida.



## APRECIACIONES

### Rex Ingram y el nacionalismo yanqui

Rex Ingram, el joven viejo director cinematográfico de la «Metro», que por requerirlo así su salud, harto quebrantada con el exceso de trabajo, abandonara Hollywood para ir a sentar sus reales en la Costa Azul, buscando en el clima apacible y la calma de la Riviera el reposo necesario a un espíritu maltrecho e instalando en Niza sus «estudios» cinematográficos, tiene el proyecto de dar un impulso formidable a éstos para hacer de ellos unos dignos rivales de los «ateliers» californianos y con este fin se ha dirigido a sus compañeros de profesión en América instándolos a colaborar en la empresa por él acometida.

Los gastos enormes que de su propio peculio hubiera de hacer Rex Ingram para el montaje de sus talleres en Francia, unos talleres al estilo de los que el realizador de «Los cuatro jinetes» estaba acostumbrado a utilizar allende el Atlántico, tanto más costosos a causa de lo poco difundida que en Europa se halla la industria del «film» y carecer por ello de materiales adecuados al modernísimo modo de producir de la cinematografía yanqui; esos gastos, repito, le vedaban proseguir en su empeño con la pujanza con que había sido éste atacado en un principio; y de ahí el llamamiento hecho a sus compatriotas. Pero éstos, en lugar de acogerla con cariño, se retraen y miran recelosos la proposición de Rex; no creen en su éxito y dudan de las ventajas que la tal colaboración pueda reportarles e incluso algunos ponen el grito en el cielo al conocerla.

Son muchas las razones — más bien prejuicios — que inducen a los directores yanquis a dar de lado el proyecto de Ingram, pero ninguna acaso más potente — a mi modo de ver — que ese nacionalismo exacerbado de los norteamericanos que les hace considerar todo lo producido en su patria el máximo de lo perfecto, repudiando a todo aquel que abandona su propio suelo por otro que juzgue más propicio al logro de sus deseos.

Un crítico cinematográfico del país del dólar comentando en no sé qué

periódico neoyorquino — recojo sus declaraciones, de segunda mano, de un rotativo madrileño — el caso que nos ocupa, viene con sus palabras a darme, en cierto modo, la razón. Son las suyas sobre poco más o menos estas: «Si los dos films que lleva realizados Rex Ingram en la Costa Azul («Mare nostrum» y «El mágico dominio») han de aceptarse como reflejo del influjo que al arte mudo proporciona la Riviera, es mejor que los directores yanquis, no le presten oído a su requerimiento ya que para hacer malas películas no es necesario salir de California». Digan, pues, mis lectores si llevo o no razón al apreciar como una de las causas del desdén de los realizadores estadounidenses hacia el proyecto



Rex Ingram y su bellísima esposa, la célebre estrella Alice Terry

de Ingram, el nacionalismo yanqui. Quien haya visto la adaptación cinética de «Mare nostrum» — «El mágico dominio» aun no ha sido presentado en España — podrá comprobar la falsedad de lo expuesto por el tal periodista americano. La insidia biliosa que sus comentarios destilan es la prueba fehaciente de la inquina que Norteamérica le tiene a Rex Ingram por venir a Europa a compartir sus éxitos con artistas de nuestro continente y no legárselo íntegro al zanki-largo Tío Sam.

Si «Mare Nostrum», en lugar de ser rodada en sus escenarios naturales — Nápoles, Marsella, Pompeya, Barcelona — y en colaboración de importantes elementos europeos, que consiguieron hacer de ella una bella producción, hubiera sido realizada en los «estudios» californianos, aun a trueque de sacar un verdadero esperpento, la labor nefanda de Rex Ingram hubiera sido calurosamente alabada por el mismo periodista cinematográfico que ahora echa pestes por su pluma sobre la obra del buen realizador de films. Y es por eso, sólo por eso: por un nacionalismo mal entendido que les hace, tanto al plumífero como a los directores aludidos, ponerse una venda en los ojos y no quieren dejarla caer para contemplar lo meritorio de la labor artística de Rex.

L. LINARES LORCA

**En el próximo número, como tenemos anunciado, publicaremos el resultado de nuestro CONCURSO FOTOGENICO y el nombre y retrato de los vencedores. El escrutinio, asciende a varios millares de votos, lo que demuestra que este primer concurso de "POPULAR FILM", ha sido un triunfo para la revista.**



Encantadora "tollotte", completamente veraniega, de Vera Steadman, "vedette" de las comedias Christie, de la Paramount



# Por los estudios de Hollywood

por Dorothy Donnell

\*

También en este Hollywood, donde el amor imaginario vive de la mañana a la noche bajo las luces violáceas de los aparatos *Kliegs* de los talleres, y donde los besos saben a pintura de maquillaje cinesco, se puede ver el caso de una pareja de actores enamorados. Rod La Rocque y Vilma Banky se conocieron hace un mes en una comida. Rod pasó toda la *soirée* embromando a Vilma sobre «el amor al primer golpe de vista». Llegado a su casa, empezó a cavilar sobre lo que había dicho, y descubrió que se había enamorado de verdad. Se decidió, pues, a cortejar a Vilma con toda la fuerza de su gracia y personalidad, y ahora todo el mundo dice que van a casarse.

En los talleres de Cecil De Mille, donde Vilma filma en «*The magic flame*», se puede columbrar entre los extras a Rod La Rocque, ganoso de estar cerca de su amada cuando no lo necesita el director. No es este el primer amor de esta agraciada pareja. Recuerdo muy bien que cuando Vilma llegó de Berlín hace un año, llevaba en el dedo un anillo de compromiso de un barón alemán; en cuanto a Rod, todavía se pueden ver tallados en algunos árboles del bosque de Del Monte dos corazones entrelazados con las iniciales de Rod La Rocque y Pola Negri.

\*\*\*

Toda noticia referente al inolvidable Valentino, despierta aún entusiasmo e interés. Su cuerpo yace en un nicho apartado del cementerio de Hollywood. Todos los domingos por la mañana una delicada y esbelta joven rubia deposita un ramo de flores ante la bóveda. La niña, cuyo nombre prefiero callar, es el antiguo amor de Rodolfo por una chica colegiala, cuando el futuro ídolo del cine empezaba su lucha en la codiciada carrera. En el dormitorio de esta niña encontré por las paredes gran número de fotografías del mozalbete italiano en su primera juventud. La fama había de proporcionar a Valentino riquezas y admiración femenina, pero nada máspreciado que este primer amor de la adolescencia.

\*\*\*

Los admiradores de John Gilbert van a recibir una sorpresa cuando lean esto. Durante veinticuatro horas estuvo Gilbert preso en la cárcel de Beverly Hills la semana pasada por desorden y turbación de la calma pública. Parece que durante un *party* que se prolongaba hasta las horas del alba, Gilbert abandonó a sus contertulios sin ninguna explicación, y tambaleándose se dirigió al cuartel de policía de Beverly Hills, donde pidió el arresto de uno de los contertulios, cuyo nombre no

podía recordar. Como la policía se negase a acceder a la demanda del importuno borracho, Gilbert, con el denuedo que presta el *whisky* y el *gin*, aunque sean de los llamados *bootleg*, arremetió contra los policías de servicio a puño cerrado. El juez lo condenó a diez días de prisión por desacato a la autoridad y asalto corpóreo, pero Douglas Fairbanks interpuso sus ruegos, y la pena fué acortada a un día bajo la promesa de John Gilbert de «portarse bien por algún tiempo».

—Debe haber sido una alucinación de mi parte — explicó Gilbert a mis azoradas preguntas —; no tengo la menor idea sobre la persona que pretendí yo se le detuviera.

John Gilbert, que como todo el mundo se burla de la ley contra las bebidas, está filmando en Metro-Goldwyn-Mayer una película sobre este mismo asunto de la prohibición. Se titula «*Twelve miles out*», y trata del contrabando de licores en las costas de los Estados Unidos.

Los talleres de Metro tuvieron que posponer la filmación de algunas escenas hasta que Gilbert fuese puesto en libertad. Se pensó emplear un doble, pues en «*El magnífico Bardelys*» tuvo hasta cinco de ellos, a quienes cupo realizar todas las proezas peligrosas, tales como escalar murallas, pasar ríos al galope del caballo o deslizarse en su corcel por quebradas y precipicios. Uno de estos dobles se le acercó en una ocasión, creyendo que hablaba con uno de sus compañeros y no con el mismo Gilbert, y le dijo:

—¿Qué puede hacer ese actor de mala muerte fuera de besar a Eleanor Boardman y mostrar los dientes con su sonrisa deslizada?

\*\*\*

Uno de los incidentes más lamentables ocurridos en Hollywood recientemente es la muerte de Charles Emmett Mack, joven actor que apareció en «*El circo del diablo*», y a quien los talleres de Warner Brothers destinaban para estrella. Hace seis años el director D. W. Griffith buscaba el tipo apropiado para un pequeño papel en «*La calle de los sueños*». Después de probar a varios actores sin obtener el resultado deseado, se echó a dar vueltas por el taller y llamó a un muchacho carpintero que, con el martillo en el bolsillo, trabajaba en la construcción de un escenario. Mack, pues este era el afortunado carpintero, actuó la escena con tanta fidelidad, que Griffith le dió el papel inmediatamente.

No fué un éxito permanente, sin embargo; él y su esposa y niños tuvieron después que sufrir privaciones y hambre. Al fin las cosas cambiaron, y Mack se vino con su familia a

Hollywood, donde tuvo la suerte de colaborar en «*El circo del diablo*» y «*Los voluntarios de Roosevelt*». Por último, Warner Brothers lo contrataron para el principal papel masculino aparejado con Patsy Ruth Miller en «*The first auto*». En algunas escenas de esta película él y Patsy Ruth Miller guiaron un automóvil de carrera a gran velocidad en un estadio, sin sufrir el menor accidente. Luego, una tarde en que Mack volvía al campo de «locación» en Riverside, cerca de Hollywood, después de haber almorzado con su familia, se encontró a la vuelta de una esquina con una mujer que cruzaba la calle. El actor, que llevaba el coche a treinta y cinco millas por hora, no vaciló en dirigirlo contra la acera, prefiriendo morir él para salvar a la mujer.

\*\*\*

Douglas Fairbanks ha escogido ya la escenografía de su próxima película «*El gaucha*», y si no se encuentra satisfecho se verá en grandes aprietos para despedir al autor Elton Thomas, pues ese no es otro que el pseudónimo de Douglas Fairbanks, que a sus muchas cualidades agrega ahora la de autor de sus escenografías.

Su hijo Douglas Fairbanks se ha encargado de hacer las pruebas fotográficas para escoger dos actrices principales y la feliz elección recayó sobre Lupe Vélez, linda mejicana que Hal Roach inició en el cine y que ha prestado a Douglas para esta película. La otra agraciada es Eve Southern, joven que hace aquí su debut cinematográfico. Se había pensado en Dolores del Río, pero su actuación en «*Carmen*», para Fox, no le permitió ocuparse de este otro papel.

\*\*\*

Nuevas caras se pueden columbrar por los talleres en estos días. El hijo de Ernest Torrence está actuando en una película de Metro-Goldwyn-Mayer. Una prima de Mary Pickford, rubia también como la dulce Mary, está filmando en comedias cortas. Francis X. Bushman tiene un hijo y dos hijas en el cine.

No hay nada tan dañino para la reputación de un actor de caracteres jóvenes y románticos como dejar que el público descubra que es padre de hijos mayores de edad. Hasta hace poco nadie se había dado cuenta de que Everly Bushman, un joven extra que se abalanzaba inútilmente a las oficinas de repartos en busca de trabajo, era el hijo de Francis X. Bushman. Su famoso padre se veía precisado a ayudarlo con dinero para mantener a su esposa e hijito; pero llegó un día en que Francis se vió imposibilitado para proveerle con dinero. Entonces el padre hizo un sacrificio que sólo un actor puede comprender.



—No tengo más dinero que darte — anunció a su hijo — pero tengo mi nombre que vale tanto. Vuelve a las oficinas de repartos bajo el nombre de Francis X. Bushman hijo; yo creo que así podrás obtener trabajo.

Francis X. Bushman hijo hace ahora su tercer papel importante en la película «La saeta roja», de Universal. Su padre ha asumido públicamente el peligroso parentesco.

\*\*\*

Mary Hay, la esposa divorciada de Richard Barthelmess, y su nuevo marido, Vivian Bath, opulento mercader inglés de Singapur, hicieron viaje a Hollywood para visitar a la hijita de Mary y Richard, la pequeña Mary Hay Barthelmess, que vive con su padre en Beverly Hills. Richard no estuvo presente en esta reunión de familia, pues se encontraba en «locación» filmando las últimas escenas de «The Patent Leather Kid», pero declaró enfáticamente que no permitirá que su hija se críe en Singapur. Todavía cojea Richard de resultas de haberse dislocado un tobillo jugando tennis, hace dos meses.

\*\*\*

Mary Pickford, productora de sus películas, ha contratado a Ernst Lubitsch para dirigir la en la filmación de «Paradise Alley», su próxima cinta.

\*\*\*

Irene Rich se ha lanzado en las redes matrimoniales por tercera vez. Sin alborotar el cotarro salió la otra tarde del taller y se dirigió a la Corte Suprema de Los Angeles, donde contrajo matrimonio con Donald Blankenhorn, rico corredor de bolsa de Los Angeles. El primer casamiento de Irene Rich ocurrió cuando era colegiala. El segundo, con un teniente coronel del ejército norteamericano, no tuvo mayor duración que el primero; Irene abandonó a su marido tres días antes del nacimiento de su segunda hija. Su reciente casamiento fué una gran sorpresa para la colonia del cine, no porque no hubiera rumores de su noviazgo con el señor Blankenhorn, sino porque Irene no los había negado, pues negar un noviazgo es prueba segura en Hollywood de que habrá casamiento. A pesar de que Irene es madre de una hija de diez y siete años, no aparenta ella mucho más de esa edad.

\*\*\*

Laura La Plante acaba de firmar un nuevo contrato por cinco años con Universal. Durante ese período se calcula que Laura ganará un millón de dólares. La coqueta rubia no parece temerosa ante la invasión de actrices europeas en Hollywood. Otras estrellas, sin embargo, están temblando antes estas formidables rivales. Allí está Lena Melena, la «flapper» de Berlín que Cecil B. de Mille acaba de contratar. Lena es una graciosa combinación de Colleen Moore y Clara Bow. Allí está también María Corda, actriz hún-

gara, que hará el papel de «Helena de Troya» en una próxima cinta de First National. Paramount tiene dos estrellas europeas: Marietta Milner, de Alemania, y Vera Veronina, hermosa rubia de Moscú, algo parecida a Claire Windsor.

\*\*\*

La más extraordinaria de todas las estrellas de Hollywood es, sin duda, Greta Garbo. Desde que por fin salió airosa en su lucha con la administración de Metro-Goldwyn-Mayer para obtener un considerable aumento de sueldo, ha dado en la manía de mostrarse difícil y descontenta en otro sentido. Ahora reclama que quiere relegársela únicamente a interpretaciones de «vampiro», y dice que lo que ella quiere es representar el papel de la mujer idealista y soñadora. Se decidió a comenzar su actuación en «Ana Karenina», para la cual se había visto obligado el taller a buscar otra actriz. Sin embargo, Greta está causando tales contratiempos que los directores han perdido la paciencia. Algunos días llega al taller con tres o cuatro horas de retraso, o manda recado con su doncella de que se encuentra en cama indispuesta y no puede filmar ese día.

\*\*\*

Wallace Beery y Raymond Hatton, la pareja de cómicos que tanto entusiasmo ha causado con su notable trabajo en «Reclutas a retaguardia» y «Reclutas sobre las olas», están aparejados otra vez en la filmación de «Bomberos, salvad a mi hijo!», que se filma actualmente en los talleres de Paramount. Wallace Beery parece deleitarse en llenar de zozobra a la administración con sus amenazas de romper su contrato. Pero no pasa de amenazas, pues el jocoso Beery está muy a gusto con hacer papeles de cómico, después de varios años de interpretar como «villano».

\*\*\*

La abuela de Bebe Daniels, doña Eva Guadalupe de García de la Plaza Griffin, fué nombrada consejera técnica para la filmación de «Señorita», reciente película de Bebe. La trama tiene lugar en un ambiente hispanoamericano y la abuela, como genuina hija de Castilla, prestó su conocimiento y experiencia para obtener todo el colorido posible.

\*\*\*

La región californiana vecina a Hollywood ofrece gran variedad de climas. Las hermanas Duncan, Vivian y Rosita, fueron a las montañas vecinas a filmar algunas escenas de invierno para «Topsy y Eva», la regocijada obra teatral en que las graciosas chicas obtuvieron gran éxito en todas las ciudades de los Estados Unidos, y que United Artists ha llevado a la pantalla. Por otro lado, vemos a Dorothy Sebastian y Joan Crawford, ejercitándose en la carrera de salto de obstáculos en la playa de Santa Mónica; y a Esther Ralston, genial estrella de «Modas femeninas» e «Hijos del divorcio», causando sen-

sación al aparecer en la playa en un nuevo traje de baño, hecho de sutilísima y ajustada goma.

\*\*\*

Ha habido últimamente mucho publicidad escandalosa sobre Hollywood en varios crímenes que la prensa, siempre ávida de sensaciones, se empeña en llamar «Crímenes del cine». En un caso un boxeador fué apuñalado en una riña ocurrida en una casa de bebidas clandestinas, y porque el actor cómico Lloyd Hamilton acudió en ayuda del herido, los diarios anunciaron: «Estrellas del cine son testigos del crimen». Paul Kelly, un joven que había trabajado algunas veces como extra, pero que en realidad no pertenecía a los talleres, mató a un rival en cuestiones amorosas, y Hollywood ahora carga con la culpa. Otro que había hecho pequeños papeles en películas de «cowboy» fué asesinado por su esposa celosa y los diarios lo anunciaron como «Crimen del cine».

Entre los miles y miles de ociosos que se agolpan en vano a las oficinas de repartos los hay de la peor ralea del mundo; no es justo, por consiguiente, que la prensa se obstine en considerarlos «gente del cine» y en hacer a la colonia cinematográfica responsable de sus actos.

\*\*\*

El famoso libro de Anita Loos, «Los caballeros prefieren a las rubias», va a ser llevado a la pantalla en los talleres de Paramount.

Jesse Lasky, vicepresidente de la compañía, ha anunciado a toda la colonia del cine que está buscando a la chica apropiada para la caracterización de la rubia «Lorelei». La producción comenzará en septiembre próximo, pero, ante todo, es necesario encontrar una «Lorelei».

No necesita ser rubia de verdad, pues con una peluca se salva ese pequeño obstáculo; pero ha de poseer «la personalidad rubia». Eso quiere decir que ha de ser el tipo frívolo, artificial y alocado, y que, sin embargo, viene a ser un «vampiro» más peligroso aún que la morena majestuosa e icitante.

«Lorelei», descrita por Anita Loos, es una genial especialista en el arte de extraer sin dolor dinero, joyas, abrigos de pieles y vida regalada de los hombres ricos que caen en sus redes. Lo consigue por medio de su aparente inocencia. «Lorelei» posee «el característico de la rubia», la «personalidad rubia».

La busca por todos los Estados Unidos de la chica que posea estas cualidades ha empezado ya. La oferta no se ha hecho sólo a los miembros del elenco de Paramount, sino a las actrices de cualquier taller. Anita Loos hará la elección entre las aspirantes.

\*\*\*

Con asistencia de todas las estrellas y directores de Hollywood se abrió al público el magnífico Teatro Chino del empresario Sid Grauman. «El Rey de los reyes», la más reciente superproducción de Cecil B. de Mille, empezó su exhibición en este hermoso teatro.



# Gloria Swanson

en

## El amor de Sunya

**Gloria Swanson** ha demostrado que su espíritu amplio puede superarse en cada nueva producción. Ayer, **Gloria Swanson**, era popular, hoy es famosa.

“**El amor de Sunya**” se estrenó en Nueva York, inaugurando el teatro Roxy, el más grande del mundo, cobrándose once dólares la platea. Es el film más extraordinario de la célebre “estrella”.

**CADA PRODUCCIÓN UNA MARAVILLA DE ARTE**



**Los Artistas Asociados**

Mary Pickford  
Charlie Chaplin



Douglas Fairbanks  
D. W. Griffith

**Rambla Catalunya, 62**

**Teléfono n.º 667 G. BARCELONA**    **Telegrs.: “Utartistu”**



# Selecciones Pro-Dis-Co

Julio César, S. A. PRESENTARÁ EN LA PRÓXIMA TEMPORADA LA OBRA CUMBRE DEL ARTE CINEMATOGRAFICO

## EL REY DE REYES

LA PELÍCULA DEL SIGLO

La obra maestra del genial CECIL B. DE MILLE

INTERPRETADA POR 120 ASES Y ESTRELLAS DEL ARTE MUDO

La Superproducción Nacional

## El negro que tenía el alma blanca

Versión cinematográfica de la novela de ALBERTO INSÚA, interpretada por la bellísima CONCHITA PIQUER, RAYMOND SARKA, JOAQUÍN CARRASCO y VICENTE PARERA

El negro que tenía el alma blanca es una estupenda producción nacional de la Goya Films

La magnífica  
Superproducción

## LA CONDESA MARIA

de la Alba-  
tros-Julisar

Versión cinematográfica del celebrado drama de IGNACIO LUCA DE TENA - Obra ejecutada con la colaboración del Ejército Español de Marruecos y dirigida por el notabilísimo BENITO PEROJO

Las siete extraordinarias producciones de la Selección PRO-DIS-CO, entre ellas

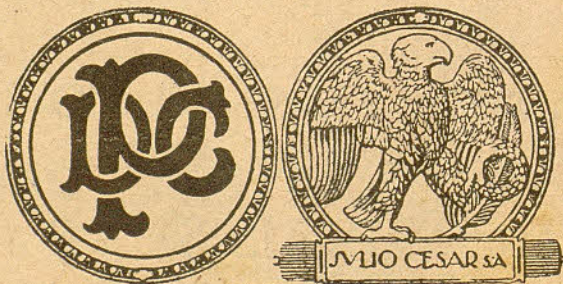
EL PIRATA DE LOS DIENTES BLANCOS, VANIDAD, EL VELERO YANQUI, LA ÚLTIMA FRONTERA, etc., y las treinta SELECTAS PRO-DIS-CO entre las que figuran EL GIGOLO, LA LIGA DE GERTIE, SU PERRO, etc., etc. (1)

La divertidísima comedia de  
la Producción Albatros

## UN SOMBRERO DE PAJA

y otras que han de llamar poderosamente la atención

(1) La Selección PRO-DIS-CO cuenta con artistas tan notables como LYA DE PUTTI, Marie Prevost, Jetta Goudal, Vera Reynolds, Leatrice Joy, etc., y entre ellos William Boyd, Harrison Ford, Victor Varconi, Tom Moore, Teodoro Kosloff, Douglas Fairbanks (hijo), etc.



Exclusivas JULIO CÉSAR, S. A.